

INTRODUCCIÓN

Por mucho tiempo habíamos pensado escribir un libro, y disculpen la arrogancia, que rescate algún trozo de lo que ha sido nuestra historia como pueblo. Este pueblo inserto en el corazón de la Patagonia Chilena, hijo del gran territorio del Baker, cuyo nombre suena con las aguas gélidas del Chelenko, canta con las rocas milenarias y con el silbido del viento que lleva el lamento del tehuelche hermano, baila con las ramas de los coigües y expande su color esperanza por toda la comarca.

Nuestra intención fructifica hoy en estas líneas que queremos regalar a toda la comunidad de Cochrane, que aún es Pueblo Nuevo, y a sus generaciones pasadas y futuras.

Sin ánimo de entablar una controversia, hemos querido entregar un relato diferente, un poco distinto de la hasta ahora conocida historia que podríamos denominar oficial, pues cuenta los hechos desde el punto de vista de las personas que vivieron al otro lado de la Colonización impulsada por el Supremo Gobierno de esos años, sin dejar de lado por supuesto aquellos hechos que indudablemente atraviesan la historia de todos cuantos llegaron a poblar estas tierras.

En nuestro método de trabajo hemos utilizado varias fuentes de información.

Primeramente hemos consultados libros y textos publicados en revistas y otros medios. Son los hechos *históricos* propiamente tal y que se presentan en letra cursiva y destacada en negrita. Luego usamos aquella información recogida de boca de nuestros entrevistados y que hemos llamado **testimonial** y por último aquellos acontecimientos narrados por quienes dieron forma a este trabajo, donde también se han incluido algunos textos **literarios** que pretenden ser un canto de homenaje a los cincuenta años de nuestro pueblo.

Pues bien, aquí está **DESDE PUEBLO NUEVO, A COCHRANE...** para que lo lean y en lo posible lo disfruten, vibren y valoren nuestra historia, porque ese precisamente es nuestro deber como cochraninos, aiseninos y patagones.

Los autores.

COCHRANE, PUEBLO NUEVO.

Era entonces el Baker un territorio de belleza plena, con ocultos senderos que llevaban al puma, al zorro, al huemul hacia ignotos y recónditos parajes, que el hombre aún no imaginaba.

Cada mañana solitaria, el sol pintaba de oro los extensos coironales que reinaban en la pampa, allí donde el viento corría raudo entre los cerros que prolongaban un loa en sus crestas plumizas. Allí el indio errante buscaba su alimento persiguiendo al guanaco que se ofrecía también libre y natural; tehuelche errante que pereciera congelado en el recuerdo. Bajo un cúmulo de tierra quedó su tumba, rodeada de piedras, material de las puntas de flechas de las que retornó en un ligero galope de la memoria de aquel que un día las encontró.

Soles y lunas nacieron y se ocultaron cien veces tras las nubes. Tras ellos, un día, llegó el hombre diferente a establecerse en sociedad.

“El primer concesionario de los terrenos del Baker y sus alrededores, fue don Juan Contardi, en el año 1903, el que transfirió sus derechos a Juan Tornero, quien previendo las dificultades del terreno para el trabajo,

entró en conversaciones con Mauricio Braun, socio principal de la poderosa Casa Mercantil y Naviera Braun y Blanchard, de Punta Arenas, a fin de interesarlo en formar una compañía pastoril en los valles del río Baker.

Tornero hizo llegar a Braun un estudio financiero basado en la introducción de mil familias extranjeras al territorio, pues así lo exigía el contrato de arrendamiento. Por su parte Braun consideró necesario cerciorarse de la calidad de los terrenos y despachó una comisión formada por dos hombres de confianza: Andrés Bonvalot y Hubert M. Carr, ambos entendidos en asuntos pastoriles.

Posterior al informe entregado por Bonvalot y considerado satisfactorio, quedó establecido el traspaso de la concesión de Tornero a Braun, mediante un contrato que imponía las mismas obligaciones anteriores y fijadas por Decreto N° 1068 del 23 de agosto de 1901, redactado bajo escritura pública ante el notario don F. Márquez de la Plata el 3 de septiembre del mismo año.

La sociedad que se formó a partir del traspaso llevó por nombre definitivo el de COMPAÑÍA EXPLOTADORA DEL BAKER, a pesar de que el contrato se establecía como SOCIEDAD NACIONAL DE GANADERÍA Y COLONIZACIÓN.

Así entonces, y habiendo transcurrido un tiempo prolongado desde la formación de la sociedad, por Decreto Supremo del 19 de mayo de 1903 se aprobó la transferencia de la concesión de Tornero a la sociedad en formación, cuyos estatutos fueron ratificados por el Ministerio de Justicia a través del Decreto Supremo del 23 de 1904.

(1)Según datos extractados de los Archivos y Memorial que mantenía el socio principal Mauricio Braun, los términos de la concesión no fueron tan exigentes como los originales y que las mil familias que se pedía introducir en un proceso de colonización se reducían a sólo cuarenta. Se agregó eso sí la obligación de establecer una línea de navegación entre Punta Arenas y el territorio del Baker.

Durante el año 1904 se habilitaron sendas, se construyeron galpones, puestos y otras edificaciones; se adquirió ganado bovino y se trasladó a los lugares elegidos para el pastoreo. También la Sociedad compró el vapor . Baker, para la navegación en el curso inferior del río del mismo nombre. En resumen, las inversiones llegaron al monto cercano a la mitad del capital pagado por el traspaso de la concesión.

(1) “Ocupación de la Región Septentrional del Antiguo Magallanes”. Mateo Martinic

Debido quizás al elevado costo que significaba el establecimiento de la Sociedad en el territorio, esta fue de corta duración. Además debió ser arduo el esfuerzo inicial por los escollos naturales y la difícil geografía y precarias tal vez las perspectivas de un rendimiento aceptable en un breve plazo, como sin duda lo esperaban los accionistas principales. Por lo que cundió el desaliento en la Gerencia y Administración de la Compañía y, a poco andar, se fueron paralizando trabajos e inversiones y tal vez el último esfuerzo pudo constituirlo la adquisición de 20.000 cabezas de ovinos en la Estancia Cóndor, situada en la República Argentina.

El traslado de estos lanares al territorio del Baker, fue un rotundo fracaso debido a la distancia que debieron recorrer, más de 1000 kilómetros. El ganado llegó muy diezmado por el largo trayecto y por causa de la sarna adquirida durante el viaje. A toda esta contrariedad, según se cuenta en el Memorial del Señor Braun, se agregó la aparición de escorbuto, que significó nada menos que 120 muertes entre los trabajadores de la Compañía.

Así, la Compañía Explotadora del Baker entró en franca crisis económica, pues había muchas deudas pendientes, incluyendo los sueldos de los empleados.

Desaparecida esta sociedad en 1908, el territorio del Baker quedó virtualmente desocupado, pero se sabe de varios trabajadores que quedaron en la región, estableciéndose en los valles medio superior del río Baker y en los de los ríos Salto, Tranquilo y La Colonia. A ellos se agregaron muchos otros que sabiendo que en estos lugares existía gran cantidad de tierras que podían trabajar, llegaron desde diversos puntos.”

La distancia entre este todavía virgen territorio y el resto del país era prácticamente inmensurable. Muy poco se conocía de él en la capital y las grandes ciudades; el viento y la voz de algunos que se aventuraban a volver al centro y sur del país para ir en busca de sus familias y traer lo necesario para establecerse definitivamente en esta tierra de embrujos y de sueños posibles de hacer realidad, contribuyeron a que muchos se informaran de que acá les esperaba mucha tierra para colonizar, pero que igualmente eran grandes los desafíos.

Pero como cualquier viña del Señor, el Baker hubo de aceptar a otros cuyos intereses eran muy distintos a los de aquellos que querían hacer de este suelo su morada eterna.

“Así como se tiene conocimiento de la llegada de muchos chilenos provenientes de la República Argentina, de la zona central de Chile y de la Isla de Chiloé que llegaban con el solo propósito de establecerse, hacerse de un pedazo de tierra para trabajar y hacer crecer su familia, también se sabe de la existencia de un personaje de no muy buena reputación y que posteriormente estuvo ligado a los sucesos bélicos del Lago General Carrera, más conocidos como La Guerra de Chile-Chico, en 1918. Es este, don Carlos Von Flack, persona de cierta cultura y educación que había obtenido un permiso de ocupación de los campos de la ex – sociedad. Ocupó los mejores terrenos del área, aquellos situados en el Valle Chacabuco y reunió una cantidad de animales vacunos que habían quedado dispersos, dando inicio a una pequeña explotación pastoril. Para 1913, Von Flack disponía de unas 800 cabezas de ganado ovino y una veintena de caballos.

Luego de un reconocimiento de los lugares en que había varios pobladores ocupados en la crianza de ganado, Von Flack se dirigió a Punta Arenas poniéndose en relación con algunos empresarios, entre los que se encontraba Mauricio Braun, y que poseían intereses ganaderos en territorio Argentino en la zona del Lago Posadas, vecina a la región del Baker. Logró interesarlos en la formación de una Compañía para explotar la ganadería mayor y menor en los terrenos que ocupó la antigua Sociedad, vale decir,

valles medio y superior del Baker, valles del río Cochrane, Chacabuco y otros. Surgió de tal modo el denominado Sindicato de Cordillera Cattle Company con un capital de \$400.000, y que estaba integrado por Mauricio Braun, su socio Juan Blanchard, Ernesto Hobbs, Francisco Campos Torreblanca y se supone que también otros empresarios magallánicos.

Braun y Hobbs encargaron a Charles Wood, hombre entendido en el negocio pastoril y que se desempeñaba como administrador en la estancia Lago Posadas, hacer un estudio de las posibilidades de explotación ganadera en la región. Este les llevó en 1913, un informe con apreciaciones técnicas que acreditaban la factibilidad de desarrollar la crianza a cierta escala.

Hobbs y Compañía obtuvieron en remate el arrendamiento de las tierras que integraban la antigua concesión de la Compañía del Baker. De esta manera llegó a su fin la Cordillera Cattle Company, desapareciendo de la escena su gestor principal Carlos Von Flack.

Con el fin de ampliar su empresa, la Sociedad Hobbs y Compañía ofreció participación a la firma ganadera fueguina Bridges y Reynolds, que poseían estancias en Puerto Harberton y Viamonte en Tierra del Fuego del territorio argentino.

El grupo mencionado decidió enviar a Esteban Lucas Bridges con el fin de verificar las posibilidades del negocio, el que entró por territorio argentino, desde San Julián a Lago Posadas y desde aquí a caballo hasta el Baker.

Habiéndose comprobado la existencia de 80.000 hectáreas aprovechables, situadas en su totalidad en el valle Chacabuco y sus inmediaciones, se decidió radicar allí el centro de la actividad criadora, en la parte norte de dicho lugar, abandonándose el resto de los terrenos que integraban el arrendamiento. Las casas de la estancia se establecieron en la entrada oriental del valle Chacabuco, a corta distancia de la frontera, punto apropiado por su relativamente buena accesibilidad para fines de comunicación y abastecimiento de territorio argentino.

Esteban Lucas Bridges se encontraba radicado en Rhodesia y retornó a la patagonia en 1921 para hacerse cargo de la administración de la Sociedad Hobbs y Compañía.

Dicha sociedad había ocupado únicamente los mejores campos de los valles medio y superior de los ríos Baker, Cochrane y Chacabuco, abandonando el resto de los terrenos de la concesión, que encontrándose sin ocupantes se habían ido instalando en ellos colonos chilenos venidos en su mayoría de Argentina. Sin embargo, la sociedad condenó tal ocupación

considerándola como una intrusión lesiva a sus intereses, surgiendo así periódicas dificultades y roces.

Prosiguió sin embargo la ocupación por parte de la sociedad, con Bridges a la cabeza. Indudablemente fueron grandes las dificultades que debieron afrontar: las inclemencias del tiempo, traducido por el aumento del caudal de los ríos, especialmente El Colonia y Neff, que arrastraban gran cantidad de árboles caídos que iban a dar al Baker por ser este último depositario de los anteriores y de todos los demás del territorio, haciendo imposible muchas veces la navegación; la dificultad del terreno para abrir sendas por las cuales transportar la producción de lana hacia Bajo Pisagua, Caleta Tortel, y de ahí hacia Punta Arenas como lo exigía el fisco en el contrato; encuentros armados con indios y otros acontecimientos.”

De aquellos hombres que llegaron para conquistar un lugar donde establecer sus días de andar errantes, donde dejar la huella imperecedera de su paso siempre firme, donde cimentar la prolongación de la patria traída en largos sueños de iguales caminatas de desvencijadas carretas, de interminables arreos de esperanzas montadas al anca de sus cabalgaduras, nos queda el recuerdo latiendo en el relato de lo que fue su vida en la lucha por ganarle un espacio a la naturaleza y a los obstáculos impuestos por otros hombres.

Tras saborear un tibio y reconfortante mate amargo, cebado en calabazo con forro del bonete de cordero y de atizar el fuego de la cocina a leña, como pidiéndoles que le ayuden a echar al corral de la memoria aquellos años que para él fueron quizás mejor, don José Rosa Haro echa al aire su pausada voz para decir:

“_ ¡Claro, cómo no me voy a acordar de lo que pasó en Bajo Pisagua! Yo era joven en esos años y trabajaba en la Compañía. Bueno, en esos años estaba la Compañía vieja. Don Lucas Bridges era el jefe de todos. Ellos tenían que sacar sus cosechas, lana y todo eso por Bajo Pisagua, hoy eso se llama Caleta Tortel, hasta Punta Arenas. No estaban muy conformes los gringos, porque era mucho trabajo, se perdía mucho tiempo y todo eso. Además que la Compañía andaba más o menos nomás y no querían mucho quedarse ahí, decían que era mejor traficar hacia el lado de Puerto Bertrand y de ahí sacar la producción hacia Puerto Ibáñez, en el Lago General Carrera.

En Pisagua tenían casas y unos galpones llenos de mercadería. Ahí pasaban el invierno y ese año como siempre

estaban allá y tenían que llevar un chileno que hable castellano, como todos eran gringos, y llevaron a Chapoco Pérez. Entonces eran los tres gringos, Lancaster, Newman y Frömer, aparte de Pérez. Este contó tiempo después como había sido la cosa.

Dijo que se decidieron a matarlo. Seguramente porque no querían pasar otro invierno ahí querían quemar las casas y todo, para que el gringo principal trasladara la estancia para el Valle Chacabuco. Bueno, y así lo quisieron hacer. Dice que llegó Newman adelante, le pegó unos tiros por las costillas, suerte que no le pegó bien si no lo mata. Lo dejaron ahí, botado en la cocina de fogón, creyendo que estaba muerto, porque Chapoco cayó, y se fueron. Al rato los escuchó que se acercaban y como pudo se arrastró hasta la puerta, se ganó detrás y sacó de la cintura un cuchillo MUN grande que andaba trayendo. Newman venía distraído adelante, mirando para el lado donde lo habían dejado baleado, los otros venían detrás. El gringo se sorprendió un poco al no verlo. Pérez, con todas sus fuerzas se paró y le enterró el cuchillo en el estómago. Pegó un grito y se la

cayeron las tripas. Los otros gringos dispararon, Lancaster adelante y Frömer detrás.

Chapoco como pudo hizo empeño de correr y alcanzó un poco a Lancaster y le pegó unos puntazos en la espalda con el cuchillo, hasta donde le daba el brazo. Según sus declaraciones, dice que si hubiese podido correr los mata a todos.

Los gringos dispararon, se subieron a un segundo piso y se escondieron ahí, porque pensaron que Pérez había agarrado el revólver del finado, que era un arma grande y los podía liquidar a los dos., y él, Pérez salió disparado porque creyó que los gringos lo iban a matar, pero a él no se le ocurrió alzar el revólver que quedó tirado ahí. Arrancó, pero los gringos no lo vieron para donde se fue, así que agarró por una bardas chicas, hasta donde hacían toldos de cuero de lobo los chonques, - indígenas navegantes existentes en el lugar - al lado de una playita chica. De ahí dice que después vio como ardían las casas. Los gringos le prendieron fuego y se vinieron para afuera a avisar a la policía.

Había una chalupa que no se alcanzó a quemar porque el muelle estaba hacia adentro del agua, donde entra el Baker al mar. Dijo que estaba emponchado adentro del bote en una orilla, cuando llegó el Cabo Quezada con don Marcos Olivares que en ese tiempo estaba en Los Ñadis. Le preguntaron que iba a hacer, porque estaba herido y hacían seis días que no comía y contestó que pensaba agarrar el bote para irse a otras islas a morir. Así que ahí lo tomaron y lo trajeron bien atendido a la casa de Olivares y junto con los gringos que Quezada los llevó a caballo, pero sin montura, en pelo, porque les tenía rabia por los abusos que cometían con los chonques y con otros pobladores.

¿Y saben qué? ... Estos gringos le prendieron fuego a las casas, para echarle la culpa a Pérez, para que ya la Compañía no trajine más por ahí, para no traer más cosas de Punta Arenas y como el fisco los obligaba a hacer huella de aquí o del Chacabuco hasta allá, la única forma que tenían era sacar la lana y todas sus cosas en mula, lo que era mucho trabajo. Así llegaban hasta El Saltón o San Carlos que le llaman, donde hicieron un camino en pleno cerro a

una altura de ochenta o cien metros sobre el Baker. Por ese camino de piedra podía pasar un solo caballo a la vez y no con mucha carga para los lados. Varios igual se derriscaron. De ahí seguían con la carga en el barquito ese que tenían, así no hicieron más camino para abajo.

Bueno, siguiendo con lo de Chapoco, después este se sanó. Investigaron todo como habían pasado las cosas y la Compañía perdió el juicio y tuvo que pagar millones. Por eso después tuvieron que irse porque tenían muchas deudas.”

En otro lugar del pueblo, otro día y otra hora, saboreando un rico pedazo de charqui recalentado sobre la cocina, junto al mate dulce y las tortas fritas, compañeros inseparables de largas horas invernales y frescas tardes veraniegas, doña **Eudomilia Fuentes** y don **Isidoro Alarcón** montan pausadamente el caballo del recuerdo y lo hacen trotar primero y galopar después, hacia aquellos campos que quedaron muy atrás, pues el tiempo monta en corceles más veloces y es necesario apurar la memoria para alcanzarlos y descubrir en ellos lo que en ese período ocurrió:

“En esos años habían hartos ” chonques”, alacalufes que se movían desde el Estrecho de Magallanes hasta los canales cercanos a Caleta Tortel, que hacían sus campamentos con cueros de lobos marino.

Era gente buena. Andaban en canoas y se acercaban a los gringos a cambiar pieles de nutria por comida.

Una vez se arrimaron como siempre a la lancha de la Estancia que iba a Pisagua y seguramente los gringos ya estaban cansados de los indios y les dispararon para que no los molestaran más, quizá si sería para matarlos o no, la cosa es que los chonques también le tiraron unos tiros porque andaban trayendo armas y gente que no era india. Así que al final, igual nomás los mataron...”

Volvamos a la casa de don **José**, para que rompa nuevamente el silencio, práctica favorita de muchos ancianos que han corrido a la par del viento y por ello se han agobiado más que otros, amén de los sinsabores que le salían al encuentro en cada vuelta de senda que en los campos del Baker abrían machete en mano.

“Además de la cosa esa de Chapoco, tenían otras más de antes: tres chonques que ellos mismos habían matado. No ven que llegaban todo el tiempo los indios ahí para cambiarles cosas de comer, y dicen que ellos ya estaban aburridos y decidieron matarlos, a meterles bala y alcanzaron a matar a tres.

Los chonques andaban en canoítas que hacían de madera así nomás forradas con piel de lobo de mar. Andaban varios y según dicen andaba también gente civilizada, gente que era muy diabla y se metía con los indios porque andaban arrancando de la justicia. Esto era lo que decían los gringos.”

Con los gringos de le estancia andaba un tal Chodil, de esos antiguos que trabajaba en la Compañía. Iban navegando por el río cuando vieron a los chonques, así que se decidieron a dispararles y como andaba gente blanca con los indios, estos igual dispararon. Pero como los de la Compañía eran más y mandaban a sus trabajadores, no tuvieron problemas para matarlos.”

Después contaban que por eso tuvieron mal a la Compañía, multados, para que no maten a alguno otra vez, porque esos eran los verdaderos hijos del país, así es que no podían matar a ninguno. Bueno, eso era lo que decían ellos, porque igual muchos desaparecieron y también gente blanca que quería ocupar algún campito por ahí. El gran territorio del Baker fue también implacable con aquel que mal le amaba; fue dejando en su seno cada aliento quitado al que osó adentrarse en su cuerpo que otoño a otoño encanecía: abuelo, padre, hijo perdiéndose eternamente en la sombra de este gigante, que ya cansado de luchar fue cayendo ante David, fue entregando su lomo a los caminos, sublimando su muerte para convertirse en sangre y aire del nuevo ser.

Pero aquel que vino para trabajar esta tierra, para quererla, con todo su silencio, su existencia agreste, su dureza en el invierno y su prodigiosa mano calurosa del verano, la hizo suya o quizás, El gran Baker los atrapó, en sus redes vegetales, en sus coloridas primaveras, en sus blancos rebaños terrestres y celestes.

En oposición a toda esa belleza, se imponía la presencia del conquistador extranjero, al que sólo le interesaba la tierra con el propósito de hacer más y más dinero que llevar a sus monárquicos estados, que ocupaba a esa gente humilde para cuidar sus intereses y posteriormente dejarlos a la orilla de algún angosto sendero o riachuelo.

Sentada frente al telar en la cocina de fogón construida al fondo del patio de la casa del pueblo, porque los usos y costumbres del campo viajaron con ellos para prolongarse por las incipientes calles, doña **MARÍA CADAGÁN ROSAS**, rememora aquellos tiempos de su llegada:

“Yo llegué al Baker en 1924, con mi esposo Marco Olivares Vera y mis hijos Cecilio y Eduardo.

Decidimos venirnos porque un viejo amigo nos habló de que por estos lados había mejores posibilidades de vida, que era un lugar con mucha tranquilidad, buenos campos que uno podía ocupar y mucha hacienda arisca.

Cuando llegamos, don Segundo Ramírez recomendó a Marcos para trabajar con Lucas Bridges. Ahí nos fuimos al campo de Los Ñadis, eso fue en mayo de 1926, en pleno invierno, a cuidar unos animales que según la Compañía le había comprado a algunos pobladores; unos decían que con el fin de hacerlos salir de los campos en que estaban porque todos los tenía la Compañía. Esos pobladores eran Segundo

Ramírez, Amador Esparza, Reinaldo Sandoval, Francisco Cassanova, Juan Calluqueo, Adrián Bañados y José Muñoz.

Ahí en Los Ñadis me nacieron dos hijos más: la Herminia y Rufino.

Estuvimos allá 11 años, 6 como medianeros y 5 con permiso. Después la Compañía nos pidió que nos retiráramos y entonces compramos el campo de don Gregorio González; eso queda en la Pampa González, yendo por el camino a Bertrand. Estuvimos un año y de ahí nos fuimos para el otro lado del Baker por allá por el río Neff, pero al otro lado. Ese campo quedaba muy cerca de los fundos de la Estancia, así que le hicieron un trato a mi marido para que salga de ahí y no nos quedó otra que comprarnos otro campito.

Acá en esos años uno vivía en la pura soledad nomás y se acostumbrada tanto la persona a eso que a veces ya no quería ni salir, ni se acordaba de sus pagos. Me acuerdo que cuando estábamos en Los Ñadis salimos una vez para ir a Coyhaique, eso fue el año 30 y demoramos 25 días a caballo

para llegar. No quedaban ganas de salir otra vez, pero volvimos a ir en 1939.”

El tiempo transcurrió, cayó la nieve, rugió el viento y ambos se hicieron guerreros de esta tierra intentando hacer retroceder a aquel intruso, que desde la Compañía, hacha en mano abrió sendas, levantó puentes e hizo oír el canto vivo de un aserradero en el seno de la montaña.

“Ya en 1927, el Gobierno del Presidente Carlos Ibáñez del Campo, había creado el nuevo Territorio de Aysén, con cabeza en Puerto Dun, después denominado Aysén, lo que significó que toda la región del Baker, más las hoyas de los ríos Bravo, Mayer, Pascua hasta la ribera norte del Lago San Martín, que pertenecían a Magallanes, pasaran a la jurisdicción de Puerto Aysén.

Lo anterior también vino a poner en vigencia la exigencia del Gobierno de derivar forzosamente el destino de la producción pecuaria hacia Puerto Aysén. Para el efecto se suscribió un contrato entre el Gobierno y la Sociedad arrendataria, a propósito de la renovación de arrendamiento de tierras, pero con una menor superficie, la que alcanzaba a 230.000 hectáreas.

Una de las cláusulas estipulaba para Hobbs y Compañía, la obligación de construir un camino de carretas entre el valle medio del Baker y el Lago Bertrand y la de colocar una embarcación a vapor para realizar el tráfico lacustre hasta Puerto Ibáñez, en la margen nororiental del Lago General Carrera. Además la Compañía se comprometía a construir refugios, bodegas y muelles en ambos puntos.

Durante el año 1933, debido a que la Compañía no había pagado dividendos por espacio de cuatro años, varios socios se retiraron de ella, entre los que se contó el propio grupo familiar de Bridges, quedando en la sociedad Mauricio Braun, Francisco Campos Torreblanca y Esteban Lucas Bridges, dispuestos a iniciar una nueva etapa en la explotación ganadera del Baker.

En tanto, el proceso de ocupación individual de tierras por parte de colonos, proseguía, penetrando al territorio nacional por diversos puntos de la larga frontera patagónica central: Futaleufú, Palena, Lago Verde, Valle Simpson, Puerto Ibáñez, Chile – Chico, Valle Chacabuco, Baker, Los Ñadis, valles del río Mayer y Lago San Martín.

Se había venido configurando así una corriente colonizadora libre iniciada en la década de 1910 y proseguida en las dos siguientes.

La mayoría de los colonos chilenos eran originarios o procedentes de la región situada entre Bío – Bío y la Isla de Chiloé, habiendo pasado previamente por tierras argentinas, para arribar luego a la región. El proceso de poblamiento particular suscitó problemas entre los ocupantes llamados ilegales por carecer de título o permiso de ocupación y los policías pagados por la Compañía y Administración de la Sociedad. Los reclamos de una y otra parte no tardaron en llegar a oídos de las autoridades en Puerto Aysén y a los legisladores y al Supremo Gobierno en Santiago y la circunstancia de hallarse el país en vísperas de elecciones presidenciales 1937 – 38, hizo que el asunto adquiriera implicancias políticas.”

Algunos de los colonos que vivieron esa época, después de caminar largamente por los amplios senderos de su memoria, se deciden a contar:

“Allá en el Hunco, del Paso Hondo para acá, había un puesto que le llamaban EL PUESTO DE TABLAS, porque estaba hecho de tablas así nomás. Ahí vivía Francisco Casanova, padre de Saturnino Casanova Monje, con su mujer, la Celina Bilbao. Era rubia ella y joven, mucho más

joven que él y decidida viera. Claro, si así como hay hombres, también hay mujeres valientes. Entonces, un día que estaba sola la Rucia, así le decían a ella, llegó Saldaña, que era Subdelegado, y Mackenzie, que tenía que ver con la Estancia, a decirle que tenían que irse de ahí porque eso era de la Compañía y que si no salían los iban a sacar como sea. Y la mujer, oiga, tomó un rifle, tenían buenas armas también, y les tiró un tiro que le llegó a volar el sombrero a Mackenzie. Y estos arrancaron, como vieron que era mujer decidida.

Tiempo después, una vez que el rancho estaba solo, le quemaron todo lo que tenían. Bueno, al final se salieron con la de ellos nomás, porque Casanova y otros más tuvieron que venirse para acá, al lado del lago.”

Los acontecimientos y los personajes eran variados, como lo era también la forma de proceder del patrón de la Estancia y de sus empleados, que se convirtieron en ejecutores implacables de sus órdenes a veces, y en otras aprovechando la situación para su propia conveniencia, como el caso de este personaje cuya historia fue sacada de la excelente memoria que las

personas mayores guardan celosamente en un rincón especial de sus largas vivencias. doña **Eudomilia**, don **José** y don **Isidoro** relatan:

“Crisóstomo Saldaña, el Subdelegado que hubo acá, fue uno de los peores. Este trabajaba de acuerdo con el gringo Bridges, y como ellos eran la autoridad... ¿quién les iba a decir algo?... Don Lucas le decía que tenía que sacar a los pobladores sea como sea y él llegaba donde estaba la gente y les decía a lo que iba. Entonces la gente le preguntaba qué podían hacer y él como era astuto les contestaba que no se preocuparan, que les iba a arreglar el problema, pero que tenían que darle tantos animales. Y bueno, la gente se los daba.

Pasaba el tiempo y nada. Volvía a aparecer con lo mismo otra vez, hasta que ya los otros no tenían nada que hacer y aparecía la policía y tenían que irse.

Ese Saldaña llegó con lo puesto aquí y a la vuelta de un año estaba rico en animales. Si ese era un...”

“Hacia 1927, la Compañía había hecho sacar de sus campos a: El Zurdo Ramírez, Reinaldo Sandoval, Juan Calluqueo, Francisco Casanova, Adrián Bañados y otros..”

Soles y lunas volvieron a brillar por largas auroras y calladas noches, y más gente vino del oeste, del mar, de la isla; del oriente también llegaron aquellos que sin suerte habían galopado la otra pampa, la plateada, la argentina pampa. El Baker los esperaba con seguridad y fortuna o por lo menos por correr otra aventura.

Para muchos esa aventura se transformó en la última jineteada que le dieron a la vida. Una vida que había sido bastante arisca, difícil de amansar y que habían venido a enlazar a este gran campo, entre bosques y valles, entre lagos y ríos. Sólo esperaban encontrar la resistencia de la tierra que se opone al hombre en natural ciclo y no aquella de otros hombres que lo único que desean es hacerse dueño y no amigo de ella.

Uno de esos hombres, testigo de muchos hechos que quedaron bajo un cúmulo de tierra o perdidos en las profundidades de las aguas y que hoy duerme el sueño de sus abuelos en eterna espera relata:

“El policía Illanes con González y otro dragoneante, mandados por Bridges, siguieron a Alfredo Catalán hasta las confluencias del Baker con el Neff. Ahí lo alcanzaron, no había podido cruzar porque el río venía crecido. Por el caballo lo encontraron, él estaba escondido detrás de coigüe grande que había así para la orilla del río, así que ahí mismo le dispararon y seguramente lo echaron al río, porque nunca se encontró al finado.

Pero no era a ese Catalán que andaban buscando, era a su hermano Manuel que había arrancado para Bertrand, al Valle de las Ranas que llaman. ¡Claro, quién no iba arrancar si donde pillaban gente que no era de la de ellos los agarraban enseguida a balazos! Estos hermanos estuvieron acampando unos días en un sector del campo de la Estancia y los acusaron de robar animales, sin saber ni preguntar que andaban haciendo y resultó que iban a pedir trabajo allá mismo.”

Ya no fue sólo la naturaleza agreste la que presentó batalla. Algunos hombres que buscaban un sitio en el último rincón de Chile donde construir y

prolongar un pedazo de su suelo natal, se encontraron con la lucha de otro hombre, desde su sitial de estanciero, patrón y dueño por un papel, del suelo que pretendían ocupar. Lucha desigual, lucha histórica de quién ostenta el poder, contra aquel que sólo posee sus manos para el trabajo y el coraje para defender lo suyo.

“La situación producida entre la Sociedad Estancias Posadas Hobbs y Compañía, que posteriormente pasó a llamarse Sociedad Ganadera Valle Chacabuco, y los ocupantes particulares llamados ilegales por el estanciero, se prolongó por bastante tiempo, de tal manera que llegados los reclamos de uno y otro lado a manos de las autoridades, el Gobierno del Presidente Pedro Aguirre Cerda por Decreto 276 del 20 de febrero de 1941 del Ministerio de Tierras y Colonización dictaminó la devolución de los campos ocupados por la Sociedad, para que estos. pasaran a manos de particulares.

Desde entonces los ocupantes individuales de terrenos dejados por la Compañía, pudieron iniciar el proceso de regularización de su tenencia, cuya entrega estaba regida por el DFL 311 de 24 de noviembre de 1937, el que disponía tres etapas para el otorgamiento del título definitivo gratuito: permiso de ocupación, título provisorio entregado después de un año de

ocupación y título definitivo a otorgarse al transcurrir otros dos años desde la entrega del título provisorio.”

La tierra nueva les presentó batalla, y así el hombre se hizo fuerte luchando por la vida; abrió el surco para plantar la semilla; lucharon codo a codo macho y hembra sumidos en naturaleza indómita, absorbente, peleando con el puma que buscaba en la oveja la escuela o la comida de sus crías. Por él, por el puma, rey de montañas, hijo mayor de este Baker que su fuerza y bravura le entregara, se pagó tiempo después cincuenta pesos y poco a poco fue batiéndose en retirada, abriéndose paso hacia la cumbre.

La Patagonia, que aún conservaba parte de su inocencia, se fue abriendo ante el hombre y la mujer que llegaban bien montados en briosas cabalgaduras, erguidos como el coigüe y la lenga, sencillos como el ñire, cautivadores cual ciruelillo en flor. Fueron haciéndose duros para la escarcha e invencibles para la nieve. Galopando lluvias y apialando vientos doblegaron al bagual y masticando sus silencios se fueron tras el coirón, allá en la pampa.

Dicen que llegaron un día de las pampas argentinas o tal vez de una isla de esas tantas de Chiloé, o quizá el centro sur de Chile los envió en una de sus lluvias. Alguno más antiguo afirma que el Señor los creó de las

aguas del Baker y que de corazón les dio un pedazo de valle fértil, que puso en sus entrañas nieve y sol que les permitió mitigar el dolor y entregar amor.

Así fueron haciendo y representando historia: hembra luchadora de manos laboriosas y sonrisa abierta; hombre conocedor de cien caminos, de mil surcos que en su arado trajera para que esta tierra, indómita aún, que no se entregó ante el arrogante estanciero, lo conociera y diera el fruto de la semilla sembrada, cuando el sol todavía somnoliento se desperezaba para hacerla madurar.

Buscaron en el campo su sino, con fe y esperanza, remendando las heridas que en algún momento se hicieron presentes, porque llegaron mozos, pero agradecidos siempre del suelo que los cobijó, calzaron tamangos y ofrecieron su rostro a la nieve y al viento que fue modelando en ellos una escultura viviente de la historia

El verdadero conquistador de este gigante territorio no se detuvo, quería formar un pueblo ahí en la pampa, en el valle, pero tuvo que viajar allá al pie del río que es el sendero incesante de aquel lago. Se cambió entonces el pueblo a Pueblo Nuevo y otra campana llamó niños a la escuela. Lentamente se crearon oficinas, se alzaron otras casas y fue el sueño concretándose.

Ya no fue el más hombre aquel que domó un potro ni aquel que apialara con certera mano. Había que pelear ahora con los libros, buscar en

ellos la semilla perdida, enlazar con la tinta nuevos campos y descubrir sendas escondidas entre hojas diferentes. Así se hizo el hombre a semejanza de otro hombre y fue ganándole los espacios a la tierra agreste que, aún herida, no cedía y seguía luchando, de la muerte haciendo vida.

La ciencia, la civilización y el adelanto necesitan de los bosques y los cerros. Pudo esta tierra toda perder su belleza, pero eso, ¿qué importa, si lo bello también muere?

Llora, llora, Baker, que eso es bueno. No te avergüences, que igualmente lo hace el hombre cuando, impotente, ve que sin motivo la muerte le ha llevado a su pequeño. Si te abatieron, si tu hermosura salvaje hoy se ha ido esfumando, quedará en el recuerdo de la historia que algún viejo relate en la mesa del bar a quien le escuche por un vaso.

&&&&&&&&&&&&&&&&

Y..., nació un pueblo...

En el valle del río Chacabuco, en un lugar que en la época denominaban Las Latas y que pertenecía por arrendamiento a la Sociedad Ganadera Valle Chacabuco, allá por el año 1929, comenzó a gestarse el embrión de lo que iba a ser un pueblo. Era este un lugar llano, soleado, de muy fácil acceso, pero que

estaba demasiado cerca de la estancia o casa principal de la Sociedad, y este hecho, indudablemente no convenía a sus intereses. Dicha Sociedad estaba ubicada exactamente al comienzo del valle, en la Entrada Baker, al pie del cerro Principio.

Administrador y socios de la Compañía, en conversaciones sostenidas con el Gobierno de entonces, consiguieron que el pueblo se trasladara a otro valle, el del río Cochrane, que nace del lago del mismo nombre y que es compartido con la República Argentina, llamándose en ese país Lago Pueyrredón.

“Siendo Intendente de Aysén don Luis Marchant González, dispuso el levantamiento topográfico de Cochrane, tarea que realizó el agrimensor de la Oficina de Tierras de la Provincia, don Eleodoro Barrientos. Esta gestión de Marchant corresponde al tercer período que sirvió como Intendente de Aysén, respondiendo a la necesidad de reunir todos los servicios públicos en un solo sector, pues hasta el momento estos estaban instalados, a exclusiva voluntad del Administrador de la Sociedad Esteban Lucas Bridges, en tres distintos lugares, porque tal cantidad era la de los funcionarios que habían llegado a servir a estas tierras.”

“Ya hacia 1929, en Las Latas, el Administrador y a la vez socio de la Sociedad del Baker o Valle Chacabuco, había hecho construir una escuela e instalado la oficina del Registro Civil y por supuesto la Tenencia de Carabineros quienes eran pagados por la Compañía”.

Esta situación dio origen a varios hechos que, por supuesto siempre tenían dos versiones. La oficial, emanada de la administración de la estancia y sus representantes y la de los colonos establecidos por cuenta propia, los que a la larga eran los más perjudicados.

Pero a pesar de todo la vida continuaba y crecía.

Crecía en los niños. Muchos fueron a esa escuela: Lisandro Arriagada, Margarita García, Eduvigis Parada y sus hermanos Juan y Mercedes, Demetrio Jara, Cecilio Olivares, Alberto Arratia, Herminia Arratia, Facundo, Adela y Carmen Vidal, Ida Rivera. También fueron a aprender a leer Ramona Jara y María Graciela Fuentes Rojas, con quienes nos adentraremos en su historia:

RAMONA JARA GÓMEZ

“ Mi abuelos, Juan Gómez y Balbina Cofré, nacieron en Loncoche y como muchos se fueron a Argentina en busca

de trabajo y de ahí supieron del Baker. Llegaron acá más o menos en el catorce (1914), pero tuvieron que volver a Argentina y allí se casó mi mamá, María Gómez con mi padre, Segundo Jara Castro. Después volvieron a esta tierra para quedarse definitivamente, pero yo nací en Roballos, Argentina. Después se vinieron y se poblaron en Las Latas; eso fue por el año 1918. Ahí en Las Latas que queda en el Valle Chacabuco y que era una parte de La Estancia, pasé mis primeros años.

Había una escuela y estuve en primer año y parte del segundo. Después me trajeron a la escuela del Pueblo Nuevo y me quedé en la casa de Don Enrique Quintana. Ya era niña soltera ya. En 1940 me casé con Domingo García y nos fuimos a vivir a un sector del campo de mis suegros. Después le compramos el campo a Don Aniceto Cabrera en la costa del Lago Cochrane, cerquita de la frontera en el hito 5. Allá nacieron mis diecisiete hijos. A hartos los tuve sola, me ayudaba mi marido nomás y a mis otros hijos los recibió mi vecina. Bueno, mis hijos crecieron, algunos estudiaron en Argentina y cuando ya fueron grandes

buscaron otros rumbos, no ve, que los hijos son como los pájaros, le crecen las alas y se van lejos. Casi todos se olvidan del lugar donde nacieron.

Esta tierra es muy buena, pero así como a uno le da, también le quita. Me llevó a mi esposo primero y después a uno de mis hijos, así que decidí venirme a vivir al pueblo.”

MARÍA GRACIELA FUENTES ROJAS.

“ Mi padre era de San Carlos y cuando nos vinimos vivíamos en Río Negro. Ahí me legitimaron a mí. Decidieron venirse para acá porque allá estaba malo. Eso fue en el año 1919.

Nos vinimos a Lago Blanco, después a Huemules en Valle Simpson, donde los Huenchumir donde estuvimos un tiempo y de ahí ya viajamos para acá a la Entrada Baker y llegamos al cuadro del 18 que le llaman, donde estaba Ramírez. En ese lugar mi padre que se llamaba José Claudio Fuentes Grandón, empezó a trabajar en un aserradero viejo que tuvo que arreglarlo de nuevo porque estaba quemado y

botado ahí por la Pampa Castillo. En esa rinconada estuvimos varios años, hasta que Bridges supo que él trabajaba en eso, que eso era su profesión le arregló el aserradero. Mi papá después hizo una turbina y le pasaron una polea para el carrito donde va el trozo.

En un cañadón que hace el Chacabuco, de Baño Nuevo para arriba, estuvimos varios años, hasta que se armó de unos animalitos.

En esos años fue que yo estuve en la escuela de Las Latas. Teníamos clases todo el día, en la mañana y en la tarde. El profesor era don Humberto Guerra Martínez que después se fue y se perdió. Salió para irse al norte, se embarcó en Puerto Aysén pero a Puerto Montt cuentan que no llegó.

Para cocinar estaba la señora de don Manuel Catalán. A ese le habían echado la culpa del robo de unos animales, pero no era cierto. Antes estaba la señora Virginia; nadie comía cuando estaba esa, porque hasta pedazos de estropajos salían en los platos; echábamos las tripas vomitando.

En la escuela estaban los Arratia, unos cabros de la familia Henríquez de Guadal, Segundo Rivera con la María, Pancho Vega, ese todavía vive allá por el Neff.

Para leer usábamos el silabario Ojo, los cuadernos se compraban en Argentina y el profesor también traía cuadernos.

Yo tenía en ese tiempo 11 años. Estábamos internados en la misma escuela y cuando no teníamos clases jugábamos en el patio a la tiña y al luce también jugábamos harto y a saltar con cordel. A las muñecas de trapo igual jugábamo. Los cabros hombres jugaban a la payana.

Desde que se fue el señor Guerra no vino otro profesor y al final ya trasladaron la escuela para acá, al Pueblo Nuevo. Esa escuela la hizo mi padre con un tal Barrientos. La otra de Las Latas era una mediagua nomás y tenía un agregado que era el internado, ni forro tenía. Bueno, total no hacía mucho frío porque las clases se hacían en el verano, de septiembre a abril o a más tardar mayo. Aunque el tiempo era muy malo en esa época.

Me acuerdo que el año 28 a mi padre se le ocurrió ir a Purranque. En ese tiempo ya estaba casada la Eudomilia que se quedó acá y las demás nos fuimos con él. De allá se vino a hacer un puesto acá en la Entrada Baker donde vivía el finado Alfredo Stange. Nosotros nos quedamos allá un tiempo y ahí se casó la Petronila con Sandoval. Cuando se vinieron era pleno invierno, casi se muere la Peta porque estaban nevados los portezuelos. Casi se murió escarchada, la tuvieron que bajar en peso. Válgale que por ahí cerca estaba don Clodomiro Mendoza que sintió de noche unos gritos arriba donde estaban ellos, así que fue con la nieve alta a rescatarlos.

Como ven era sacrificada la vida en esos años. Había que salir a caballo nomás y era muy poca la gente que vivía por esos rumbos: los peones de la estancia, los ovejeros y puesteros. De todas esas personas y de los otros que tenían campos por otros lados ya no queda casi nadie vivo.”

“La Comisión de tierras, que en 1929 el Intendente Marchant había ordenado para hacer el trazado del pueblo, estando este en Las Latas, lo

llevó a cabo en el lugar del Pueblo Nuevo, denominado así por estar en formación, en el valle del río Cochrane, ubicado geográficamente a siete kilómetros del Lago del mismo nombre.”

Como puede apreciarse en los relatos de doña Ramona Jara y María Graciela Fuentes, funcionó en de Las Latas una escuela, cuyo maestro fundador fue don Manuel Guerra.

“Por esos años existía también la Subdelegación, siendo el Subdelegado el representante del Intendente en este territorio. Los subdelegados fueron ubicados en La Estancia Nueva, de posterior propiedad de don Eduardo Lancaster, en el lugar que hoy es conocido como El Manzano, aproximadamente en el kilómetro 30 desde Cochrane a Coyhaique. La primera persona en ocupar este cargo fue don Crisóstomo Saldaña, quien permaneció en sus funciones por espacio de un año.”

Una de las obligaciones que Bridges cumplió y que le imponía el contrato de arrendamiento fue la de construir una escuela en Pueblo Nuevo, actual Cochrane, bastantes años antes de su fundación.

Era una casona de dos pisos, con largas y angostas ventanas. En la parte superior llevaba un gran balcón de donde se podía observar la majestuosidad del cerro Tamango, el arroyo que de él bajaba en blancas cascadas, los ñires y lengas que prolongaban su existencia verde y dadivosa hasta la escuela misma y que lentamente fueron alejándose cada vez más hacia la montaña.

Fue esta escuela la prolongación del campo. Los muchachos llegaban a ella traídos por sus padres, jóvenes de hasta dieciocho años vistiendo bombachas de gabardina, botas acordonadas y pañuelo al cuello a la usanza gaucha. Ellas, con largas trenzas adornadas con cintas de colores, alpargatas, floreados vestidos y largos abrigos comprados en algún boliche argentino o en el negocio de “Sklarech y Compañía.”

“Tras la partida del señor Manuel Guerra, la escuela de Las Latas quedó a cargo de la señora Natalia Aburto.

En 1931 llegó el Profesor Antonio Alvarado con su esposa doña Ester Ruiz, pero se establecieron en la nueva escuela del pueblo en formación. En ella imparte clases por un período de seis años, lapso en el cual nacen sus hijos María Ester y Luis Arnoldo.

A la escuela de Pueblo Nuevo van llegando otros alumnos: Carlos, Mario, Santiago e Isabel Quintana, más los hijos del profesor, Rolando y Dagoberto.

Cuando este profesor deja la escuela, arribó a este naciente pueblo la joven profesora Elba Castro, quien desgraciadamente fallece el mismo año a causa de una tuberculosis.

A Elba Castro le sucede la señorita Natalia Paredes, la que permanece tres años en la escuela. Con su partida desaparece la plaza de profesor de la Escuela del Baker, quedando esta sin funcionar hasta que llega don Carlos Andrade en 1950. Desde entonces ha permanecido abierta, educando, formando, cambiando de casona campesina a modernos establecimientos educacionales.”

El valle del río Cochrane, lugar elegido para levantar el nuevo pueblo, posee bellezas naturales extraordinarias, un jardín de lagos claros, legendarios ventisqueros, ríos imponentes, generosos y a veces temibles, circundados por vegetación que cambia de colorido marcando claramente las estaciones. El amarillo, café, rojo, blanco y azul son la huella que va dejando el paso de cada año, son los colores del manto que cubría este pueblo que fue creciendo como a escondidas para que nadie se dé cuenta y lo dejen así respirar un poco más

de aire puro, beber agua del río no contaminado, escuchar cercano el grito del zorro. El rugir del puma y el graznar de los caiquenes.

Este lugar en que se trazó el pueblo tenía desde antiguo dos pobladores, uno era don Enrique Quintana Burgos, un chileno de la zona central, de gran educación y distinguido linaje, lo que se advertía al primer contacto. Quien vino a la zona en 1929, pues acá vivían dos hermanos de su esposa Amelia, ellos eran Juan y José Elorriaga, los que se dedicaban en forma particular a la ganadería. Don Enrique se entusiasmó porque vio que con el tiempo este territorio podría transformarse en una futura provincia y volvió con un camión de mercaderías que vendió en Las Latas .Luego se vino a este sector y construyó dos casas. Una para negocio en la esquina de las actuales calles San Valentín y Río Maitén y otra para vivienda, separada de la primera por el arroyo Tamango. Trabajó por su cuenta, pero el negocio no prosperó, pues su especialidad fue siempre la compra y venta de animales, lo que lo llevó a vender la primera casa hecha en Pueblo Nuevo a un comerciante polaco que había ingresado desde Argentina a cargo de la Comercial “ Sklarech y Compañía”, cuya casa central estaba en santa Cruz y que poseía varias sucursales en ese país vecino. Después de esto don Enrique Quintana trajo a su familia a vivir al Baker en 1931.

El negocio de Sklarech, como fue conocido históricamente, se constituyó con el tiempo en el centro de reunión de quienes iban y venían de los distintos sectores que se estaban poblando. En él se expendía de todo y también se juntaban los hombres a beber ginebra y otros licores. Además de ser recordado como el primer negocio, se rememora a menudo el siguiente hecho:

“Corría EL año 1929. En Las Latas se efectuaba una carrera de caballos. Eran rayeros, jueces de la carrera, Rosario González, Chalilo, cuidador de la mulada de la Estancia y Fernando Silva Colipán, ambulante. Quiso la mala suerte que la carrera fuese difícil de definir, si bien algunos alegaban empate, los rayeros no se pusieron de acuerdo y no tardaron en ponerse a discutir acaloradamente, aflorando todo ese rencor acumulado ante el duro trabajo y el vagar incierto y si allá no se mataron, fue porque los presentes no se lo permitieron. Con rabia sorda estalló la amenaza: Ya nos encontraremos...

Pasaron los años, como las nubes se fueron uno y otro, González y Silva habían seguido rutas distintas y nada

parecía diferente a otros el día 7 de mayo de 1938 en Pueblo Nuevo.

Desde hacía varios días el Chalilo tomaba en el negocio de Sklarech, ya cliente habitual aquel día bebía solo en la cocina. De pronto escuchó en la dependencia vecina una voz familiar. Miró por un agujero y logó a ver a Silva, quien venía a comprar víveres. El Chalilo salió a su encuentro y lo convidó a almorzar y beber unos tragos. Para quienes presenciaron este hecho, seguramente pensaron que ya se había olvidado el antiguo incidente, pues compartieron amigablemente. Terminaron de almorzar, Silva cargó sus víveres en el pilchero y se apresuró a montar su caballo. En ese momento lo alcanzó el Chalilo, intercambiaron unas palabras y se escucharon dos detonaciones simultáneas, al sonido de las cuales los que permanecían al interior del boliche salieron y solo alcanzaron ven caer a ambos al suelo, uno al lado del otro...”

Aquellos hombres que en la tierra no conocieron la palabra amistad, yacen sin embargo con una misma lona abrazando sus cuerpos, ya que ambos ocupan una sola sepultura en el cementerio antiguo de Cochrane.

Muchos fueron quedándose en este suelo: el color y la fuerza del río Baker les pintó una nueva ilusión o adentrándose en las montañas el chucao, cantándole a la derecha del angosto sendero les auguró un cambio de suerte, marcándoles un buen destino.

Otros fueron aves de estación, que con el sol de primavera llegaban y abril, antes las grandes escarchas les abría las tranqueras para dejarlos salir, a algunos para que retornen en septiembre y no faltaban quienes se perdían para siempre tras las largas avenidas de alguna ciudad.

Después de edificada la escuela y hasta 1940 en que deja de funcionar, van levantándose lentamente algunas casas dispersas en distintos sectores del gran Baker, que parece querer escaparse a toda costa de entre las paredes rocosas que lo atrapan en un grito furioso de sus aguas vertiginosas que corren rumbo al Pacífico, allá alejado de su furia, lejos de la playa sembrada de caiquenes se fueron levantando pequeños ranchos campesinos. El humo de las cocinas de fogón es la única muestra de vida humana que se podía apreciar desde la huella en lo alto del cerro al otro lado de este coloso con alas líquidas de glaciár.

Fue una década que se vio marcada con un lento caminar en todo, lento el andar de las grandes tropas que salían de los campos, lenta también la ida y el regreso a los boliches argentinos a comprar “las faltas”, con una tropilla de pilcheros con abultadas cargas y otras de esperanzas de retornar pronto al rancho antes de que caiga la primera nevazón o vengan las crecidas de los ríos.

De año en año fueron apareciendo viajeros, familias, funcionarios públicos, comerciantes llamados por todos mercachifles y por distintas razones se expandieron a lo largo y ancho del inmenso territorio, hombres y mujeres se fueron con las aguas hacia abajo, hasta el Vargas, Ñadis o se internaron mucho más hasta casi llegar a Tortel; con el viento del este se marcharon al Colonia o al Nef, la lluvia que venía del oeste los empujó hacia el Lago Cochrane y, finalmente el viento del norte los llevó hasta el Mayer, Pascua o Bravo.

Don Aurelio Quelín era ovejero de la estancia y luego se fue a vivir al sector conocido como Río Bravo.

“Yo llegué por estos lados en 1940. En esos tiempos era administrador don Lucas Brigdes, ya no existía la

Compañía antigua, pero conocí muchos de los hombres que trabajaron en ella: don Silva, don Juan Oyarzo, don José Guzmán. Yo me retiré el 44 y me fui a San Julián.

Yo tengo campo en el Bravo, ese lo saqué en el año 64 cuando esto recién se estaba convirtiendo en pueblo. Allá se llega solo a caballo, claro que hay una parte mala que le llamamos La Cruzada, que es el paso del nacimiento de río El Salto donde hay un ventisquero. “Es muy malo, muy angosto, hay que bajar por una pared de piedra lisa. Nosotros los pobladores hicimos un forado, que serán más o menos unos sesenta metros en curva. Hay varias picotas que dejamos ahí, para que los que pasen primero despejen el camino, por eso le llaman “El paso de las picotas”. En invierno no se derrumba, porque hay arena y greda ahí. Sería interesante sacarle una foto, para que vean como se sacrifica la gente para pasar con sus animales y carga. Ahora en verano no es nada, pero en invierno es cosa seria. Cuando recién salí de la Compañía, ahí si que tengo el orgullo de decir que fui el primero en sacar tropas por ese paso. No había caminos, eran puras serranías.

El Pueblo Nuevo seguía su rumbo. Arriba, el viento rodeaba las nubes a fines de agosto y las enviaba a las veranadas de la pampa. Desde el cerro Tamango, eterno centinela del poblado, comenzaba a descender el agua convirtiéndose en arroyo; los teros armaban campamento en las pampas y los caiquenes y patos en las orillas del río; las golondrinas comenzaban a hacerse amigas de las pocas casas que se multiplicaban de tanto en tanto construídas por hombres que sabían aserrar a mano o cepillar las tablas que dadivosamente entregaba la lenga legendaria:

“Recuerdo a varios buenos carpinteros que hicieron la mayoría de las casas antiguas que hoy todavía se ven, porque algunas ya las están echando abajo. De primera algunos hicieron casa de pared francesa como las llaman, así de varas y barro; allá en la calle Río Colonia donde vive la señora Ana Sandoval había una así y bueno, allá abajo en la chacra de Cheuquemán también. Habían hartas casas de adobe y las de madera las empezaron a hacer después. Uno de los buenos maestros fue don Benjamín Alarcón, él hizo

hartas de las primeras casas del pueblo. También estaba Asendino Velásquez, Don Cloro Márquez y otros.”

Como el pueblo, la memoria también es nueva. A veces no hay que recorrer muchos caminos para llegar al punto de partida, más aún cuando se ha andado al mismo paso de la historia, cuando esta se ha ido construyendo al tranco o al galope de sus hijos.

Don Carlos Quintana Elorriaga, hijo de don Enrique Quintana y la señora Amelia, uno de los primeros alumnos de la escuela de Pueblo Nuevo, posterior trabajador de la estancia Posadas Hobbs y Compañía, empleado de Correos de Chile, llegado con sus padres en 1931, como se señala en párrafos anteriores relata:

“Para mi madre fue muy difícil, porque había poca gente, pobladores aislados, como el finado Delfín Maldonado, Juan Sepúlveda, Celestino Márquez, los Fuentes, don Paulino Ibáñez, don Clodomiro Mendoza y otros que vivían por el Lago Vargas, al otro lado del Baker, en el Nef y trabajadores de la estancia.

Como decía, mi madre sufrió mucho. Se alejó de casi toda su familia, de sus hermanas Ema y Florinda. Lo peor era la soledad, conversar de las vacas y nada más, no tener un libro o una revista. A veces venía gente de Aysén, pero eso era una vez al año, que llegaban a comprar animales y se iban inmediatamente. Cartas de los familiares menos, porque venían por mano y demoraban meses o un año en llegar. Ella se enfermó de uremia y después de ver por última vez a sus hermanas en san Julián, Argentina, falleció en 1946.

Si alguien se enfermaba tenía que salir hasta territorio argentino, después hubo practicantes de Carabineros, pero en Entrada Baker. En una ocasión, yo tuve que ir a buscar al practicante Martínez por un tío, hermano de mi madre. Salí por el río Oro, Argentina, y di la vuelta por Posadas para llegar a Entrada Baker, venía con el practicante ahí por Las Confluencias del Chacabuco con el Baker, cuando encontramos a la pareja de Carabineros que regresaban del recorrido del lago Cochrane hacia el retén de Entrada Baker, le preguntan. “¿Para dónde va Martínez?” Y

después de escuchar la respuesta le dicen ellos: “¡Vuélvase no más porque el enfermo falleció hace dos días!” Claro este recorrido demoraba más o menos seis días. mi tío murió en el sector de la Esmeralda, hombre viejo ya, enfermo de asma, débil, no resistió mucho...

Así era la vida en este Baker, en que el fuerte sobrevivía, abatiendo a la naturaleza agreste, luchando con la soledad y el frío, acompañado muchas veces sólo de sus perros.

En esos años las personas que representaban el poder gubernamental eran los subdelegados. Yo recuerdo a don Antonio Pardo Martínez, Vicente Barahona Jeria y otros. Mi padre también fue subdelegado de 1945 al 47; después de él estuvo don Adolfo Trujillo.

En esa época se pagaba con moneda nacional, esta desapareció más o menos en el año 35. Los sueldos no eran malo. En el año 40 un capataz ganaba \$400, un ovejero, que era el que rodeaba en los campos \$360, el campañista, que era un muchacho joven que cuidaba y arreaba los caballos para que la peonada pudiera salir a los campos ganaba \$300,

claro que tenía que levantarse todos los días a las 4 de la mañana y tener los caballos listos a más tardar a las 7, el peón de casa, para picar leña y otras tareas ganaba \$180 en la época de septiembre adelante y “160 en invierno, el cocinero estaba más menos entre \$360 y \$400.

Para tener una relación del valor del dinero, en el almacén que tenía la Estancia con \$400 se podía comprar un par de botas, un pantalón y sobraba plata. Había gente que ahorraaba y cuando volvía de Chiloé traía harta ropa...”

Esos y muchos otros datos son proporcionados por Quintana. Mientras sus recuerdos viajan a través del tiempo sus ojos brillan, ya con alegría o la pena del recuerdo de los que se fueron, sus manos se mueven nerviosas como si quisieran atrapar en ellas un poco del pasado. Vale la pena detenerse para recordar nosotros hoy a don Carlos campesino, don Carlos trabajador, funcionario público y sobre todo al don Carlos amigo, quien se convirtiera en una de las personas más queridas y recordadas, sobre todo por quienes veían en él al hombre confiable, al que sobreponía ante todo **la palabra**, ese documento oral tan socorrido y respetado por la gente pionera del Baker. Don Carlos fue y será uno de los hijos de este territorio que más se recuerde, amigo

de la boina y del recado de bastos, de la rastra y la bombacha, del visteo, del mate amargo, del saludo afectuoso, de la broma rápida y bien intencionada, en fin, amigo del Baker y de cuanta gente pasó antes, junto y después de él.

En este lugar previligiado por la naturaleza, custodiado por bellísimas montañas, acariciado o sacudido por el viento del sur, vestido de blanco, verde, amarillo o azul, fue el refugio de gente que desde el centro o sur de Chile o desde la pampa argentina, a donde habían ido arreando otros sueños, llegaron para levantar su campamento que luego se transformara en rancho de tejuelas y canogas donde floreció la vida entre esquila y señalada, entre mate, asado y tortas fritas. Aquí no importó el frío del invierno, la nieve que derribaba ilusiones o la escarcha que las congelaba, pues el sol del verano las volvería líquidas esperanzas que regaban los fértiles terrenos donde florecía la vida.

“El pueblo de Cochrane fue inaugurado el 17 de marzo de 1954. Por esos días se terminaba de construir una casa que estaba destinada para el funcionamiento de una oficina de Correos, pero que luego fue concedida a la Fuerza Aérea de Chile. El sitio de dicha casa fue donado por don Luis Báez Barra, entonces subdelegado, cargo que ejerció hasta 1960, las

tejuelas y adobes fueron hechos por don Enrique Barría y Zenobio Mansilla respectivamente.

Al momento de la inauguración, existían diez casas con sus respectivas familias ya viviendo en el pueblo, aunque las manzanas y sitios fueron trazados definitivamente en 1955, por una comisión formada por los agrimensores Carlos Pizarro Araneda, Hernán Pozo y Fernando Malagueño.

Una de las gestiones realizadas poco después de la fundación de Cochrane, fue el traslado de la Tenencia de Carabineros desde los campos de la estancia en Entrada Baker, la que se efectuó gracias a gestiones realizadas por al entonces Teniente a cargo don Rodolfo Stange Oelkers. Quedó instalada en una casa de adobe frente al arroyo Tamango y a un lado del río Cochrane, muy cerca de la unión de ambos cursos de agua, en la actual calle San Valentín. La vivienda pertenecía a don Porfirio Landeros.

Correos de Chile funcionó en este lugar desde 1946. Era una posta de Correos atendida primero por don Carlos Quintana, quien traía la correspondencia desde Puerto Bertrand, sin duda haciendo el trayecto a caballo con una frecuencia de dos veces por mes en verano y una en invierno. A veces el viaje se hacía infructuoso, pues no llegaba la ansiada

correspondencia, ya sea porque el barco no arribaba por razones climáticas o porque simplemente no llegaban las cartas. Luego el correo siguió atendido por la señora Ida Miranda Osorio, quien recibía la correspondencia de don Guillermo Fuentes, quien a su vez la traía desde Chile Chico, cruzando a caballo por el paso cordillerano de La Leona.

El registro Civil es otro de los servicios que estuvo presente desde muy antiguo. Desde 1929 a 1931 fue Oficial civil don Vicente Salinas, cargo que posteriormente fue ocupado por los subdelegados hasta 1934, año en que llegó don Abraham Vera Albornoz. Luego y hasta 1972, el Oficial Civil es don Carlos Quintana Elorriaga.

La primera Municipalidad propiamente tal se creó en 1970, un 25 de octubre, siendo su primer alcalde don Juan Carlos La Fontaine.

También, en 1970, un 26 de octubre, la comuna de Cochrane, dependiente de Chile Chico, fue creada Departamento y el cargo de Gobernador recayó en la persona de don Esteban Ramírez Sepúlveda.”

Hoy corren otros tiempos y aquel que fue el Pueblo Nuevo ha ido creciendo junto a las nuevas generaciones, a la par con los hijos de aquellos que llegaron primero. Con ese crecimiento, indudablemente ha ido dejando atrás el rastro dejado en los caminos de tierra, angosto y serpenteante entre montañas: estas se han ido alejando temerosas de perder el poco verde que ha quedado en sus semillas esparcidas por el viento, guardando celosas el huemul y en las altas cumbres al puma. Hoy su río principal, Cochrane, ya no es tan cristalino ni se puede beber directamente de sus aguas, pues a su vientre lleno de vida han llegado tubos con otras aguas que han ido cambiando parte de su hídrico cuerpo.

Siempre es bueno echar una mirada hacia atrás para ver qué hemos ido dejando en el camino, si ha florecido y fructificado aquello que o simplemente se secó por falta de atención. Es bueno también reconocer lo que otros han hecho, qué hombres y mujeres han sido de alguna manera importante en la historia del pueblo que nos vio nacer y crecer.

PERSONAS Y PERSONAJES

Así eran esos años. Años de lucha y trabajo de aventureros que no llegaron acá atraídos por el oro y la riqueza, sino con ansias de vencer la naturaleza, de escudriñar los misterios de la oculta e inmensa zona, de recorrerla palmo a palmo y hacer, aún sin quererlo una gran historia.

Fuertes, viriles, avezados en la lucha ellos. Pacientes, amantes, amigas de la soledad aquellas. Hermanos venidos de Argentina, nacidos en Chiloé o en la zona central; con ellos se fue poblando el territorio, adquiriendo las costumbres de unos y de otros. Se hicieron solos, sin más caricia que la naturaleza misma, que los amaba y se daba pródiga o con la misma intensidad los odiaba.

Algunos fueron colonos en aquellos campos abiertos que cerraron con cerco de cajón y tranqueras de varas. Otros, pioneros del pueblo en las oficinas, escuela y posta de salud. Llegaron profesores, carabineros, peones, que junto a la mujer, hicieron crecer un pueblo en este valle.

LUIS BAEZ BARRA

Nació en Los Angeles, Chile, el 25 de agosto de 1902. Fueron sus padres don José Báez Salamanca y doña María Barra Castro.

Se enroló en Carabineros de Chile en la Prefectura de su ciudad natal, con la intención de dirigir su propia vocación, la enfermería. La institución lo destinó al hospital El Salvador de Santiago, donde sigue estudiando para recibirse de practicante de enfermería luego de tres años.

Se casó con Graciela Barriga Riquelme, de cuyo matrimonio nacieron sus hijos Washington, Mirna, Mary y Graciela.

En 1939, siendo cabo primero de Carabineros, fue trasladado a la provincia de Aysén, quedándose en Balmaceda, donde fallece su esposa.

Más tarde es destinado a la Tenencia de Entrada Baker, donde debió atender no sólo al personal de Carabineros, sino a toda la población. Fue una época dura, pues no existían los medios para atender a tanta gente con diversos problemas de salud, tampoco había implementación médica.

Subió a caballo a cualquier hora del día o de la noche, desafiando al viento, la lluvia y la nieve, para recorrer los más apartados lugares, oficiando de partero, dentista y médico, lo que le valió el título de “doctor”, dado por la gente.

Muchos lo recuerdan así:

“Entre los funcionarios públicos, al que hay que sacarle el sombrero es a don Luis Báez, como ser humano era el más servicial. Galopó leguas para salvar una vida. Le decían; “Me va a perdonar, porque no tengo plata”. Su respuesta siempre fue “¡No importa!” . Si le pagaban ¡bien!, Si no pagaban le daba igual. Si aquí no hay nadie quien no le deba un favor. Era un hombre bueno, que si no tenía remedios para la gente, los encargaba él, con su propia plata”

Se acogió a retiro en 1952 y en reconocimiento a su labor, durante la presidencia de don Carlos Ibáñez del Campo fue nombrado Subdelegado de Cochrane, cuando esa oficina, dependiente de Chile Chico, funcionaba en el sector El Manzano.

La Subdelegación luego fue trasladada a Pueblo Nuevo, después de las gestiones que realizara en conjunto con el entonces teniente de Carabineros, don Rodolfo Stange, dado que aquí había mayor población.

En este pueblo, que recién estaba naciendo, formó la primera posta pública, en una casa de barro, ubicada en la calle Teniente Merino, que en ese tiempo se llamaba San Lorenzo. Mucho después se trasladó a la calle Doctor Steffen, a un nuevo edificio y don Luis ingresa al servicio Nacional de Salud.

Adquirió un campo cerca del pueblo, en donde vivió hasta el día de su muerte. De él sin embargo, se acordarán por siempre muchas personas, ya sea por su gran labor como servidor público, como por sus anécdotas que el mismo relataba:

“ En uno de los recorridos que hacía como practicante pasé por un campo donde había una señora enferma. Le dejé los medicamentos y un termómetro para que llevara un control de su temperatura en forma diaria, y le dije que a la vuelta pasaría a ver los resultados. Bueno, después de unos días volví y le pregunté si había tomado los remedios y había llevado el control de la temperatura. Ella me contestó; “ Fíjese don Luis que me siento igual no más y eso que nunca me olvidé de dejar remojando el termómetro para tomarme la agüita de temperatura...”

“Había también una señora que vivía imaginando dolencias y pidiéndome remedios,. Yo le decía ”Doña Dolores”. Siempre que le preguntaba cómo estaba, me decía: “¡Bien, pero me duele tanto!” Un día que fue a verme, yo estaba jugando con unas migas de pan, sin darme cuenta y quizás por la costumbre, había hecho unas figuras similares a unas píldoras. Entró esta señora y no bien empieza a quejarse le di estas píldoras, recetándoselas como un medicamento especialmente encargado para ella y muy difícil de conseguir. Me extrañó que en los días siguientes no apareció. Pasaron varios días y yo me había olvidado de ella, cuando llegó de nuevo para pedirme más de esas píldoras, que habían sido las únicas que habían logrado calmar sus dolencias... ”

El 19 de abril de 1987, cansado de luchar, sin fuerzas para curar su propio dolor cerró para siempre sus ojos y se marchó silencioso a buscar otro pueblo allá en los campos del Señor.

ZENOBIO MANSILLA MANSILLA

Chiloé es un pueblo católico, que conserva en el tiempo sus viejas iglesias, sus novenas y procesiones. Allí nació don Zenobio, el 6 de enero de 1905 en Llingua, Achao, lugar donde se crió y fue a la escuela. No aprendió nada, no porque no le enseñaran, sino porque la profesora era prima suya, la señora Rosa Quintana, hecho del cual él se aprovechara para portarse mal.

En 1937 salió de Chiloé con rumbo a Aysén. Llegó a Coyhaique y trabajó de cocinero en la casa de su prima Rosa, la misma que anteriormente había sido su profesora.

“ No estaba mal, pero yo era muy andariego, así es que decidí trasladarme a Chile Chico. No tenía un peso, así es que partí a pie a Puerto Ibáñez. Pasé dos días sin comer y durmiendo a pura pampa, Afortunadamente encontré a un buen chilote que me socorrió y me consiguió un pasaje en el barco Andes, que era el que atravesaba el Lago General Carrera.

En Chile Chico trabajé en la confección de ladrillos y cuando me aburrí partí para Argentina, allí estuve varios

años. Como tuve algunos problemas regresé a Chile, a Cochrane, trabajé en la ECA y anduve por los campos o cuidando casas cuando los dueños no estaban.”

Muy católico, desde pequeño frecuentaba la iglesia de la mano de sus padres, quienes le enseñaron las primeras oraciones y decide entonces convertirse en el “rezador” de letanías en los velorios. Él daba el último adiós cristiano en los entierros y sanaba a los angelitos de “mal de ojo”.

“ Yo no soy el que sana, es la fe. Es Dios mismo el que sana.”

Don Zenobio fue llevado por su hija a Argentina, le ofrecía un hogar y la tranquilidad en sus últimos años de vida, pero él, como siempre lo repetía, era un andariego que sólo había logrado echar raíces en este suelo y aquí se quedó junto a quienes le brindaron siempre su afecto y estima.

FRANCISCO BASCUR VIVAR

Cochrane se divide en dos grandes sectores separados por el Estero Tamango. Sobre este mismo don Pancho Bascur, siendo presidente de la Junta Asesora Municipal, dependiente de Chile Chico, hizo construir un puente de madera, al que denominaron San Francisco todos aquellos que a su costa bebieron, comieron y rieron festejando la construcción por muchos días.

También al otro lado del pueblo hay una calle que hoy lleva su nombre.

Don Pancho era de baja estatura, pero de gran inventiva, la que hacía aparecer en cada charla que sostenía, grandes e inofensivas mentiras que causaban la diversión de quienes le escuchaban. No era raro entonces que, donde él se encontrase siempre hubiera alguien pidiéndole que contara alguna de sus muchas aventuras. Él, lógicamente no se hacía de rogar, y en su locuacidad, echaba campo afuera historias increíbles:

“Yo llegué del norte, como ustedes saben, de Osorno. Con mi padre teníamos un fundo lleno de animales, siembras y casas para los inquilinos. Me acuerdo que teníamos 300 gallinas por parte bajas, todas negras. Yo las alimentaba todos los días y, fíjense ustedes les tenía

nombre a una por una... ¿No me creen? Si yo siempre he tenido muy buena memoria, fijense que a los 8 años allá en España yo ya iba a la universidad, porque nací allá y me vine con mi padre muy niño a Chile...

Como les iba contando me vine para estos rumbos, pero no había día que no me acordara de mis gallinas. Me acostaba y me levantaba pensando en ellas.

Un día estaba en el campo de mi suegro, sentado afuera del corredor: El día estaba re bonito, despejado, hacía hartos calor. De repente el cielo se oscureció, si casi no veía nada oiga; estuve un rato mirando para arriba, cuando en eso, una mancha negra cubrió el cielo y comenzó a acercarse a las casas y cuando estaban más cerca vi nada menos que... ¡Salud!

- ¿Qué vio pues don Pancho?

- Largue la mentira nomás.

- ¡Qué mentira, hombre! Eran mis gallinas negras que se habían venido volando desde Osorno”.

Le interrumpen los parroquianos del bar con risotadas y comentarios para demostrarle su incredulidad ante un hecho tan sorprendente, pero don pancho no se inmuta y muy suelto de cuerpo continúa:

“En el campo de mi padre se sembraban cuabras y cuabras de trigo y para trillar se ocupaban cerca de 400 yeguas. Y lo mejor de todo era que las yeguas estaban re bien enseñadas. Claro que a los únicos que le hacían caso era a mi padre y a mí.

Para trillar hacíamos grupos y las metíamos a las eras con un silbido, cuando queríamos cambiarlas, porque estaban cansadas, un silbido y listo, las que estaban trillando salían y las otras entraban.

Un día que estábamos trillando, mi padre me dijo: “Oye Pancho, ven a ayudarme a hacer los asados”. Claro, yo fui, porque no era ná un sólo asado el que se hacía... se carneaba una vaquilla y quince corderos diarios, porque la trilla duraba varios días... ¿Vino? Para qué decirles, un tonel de cien litros. Bueno, la cuestión es que comimos y tomamos hasta la amanecida y a mi se me olvidó que

habíamos dejado las yeguas trillando. Cuando me acorde salí del galpón donde estábamos, miré para el lado donde habíamos dejado las yeguas trillando, y como las pobres bestias habían pasado toda la noche dando vueltas, habían hecho un tremendo hoyo y se les veían las puras orejas no más...”

Con don Pancho las horas pasaban rápidamente, amenas, sin conflictos, sus aventuras endulzaban esas largas noches invernales o hacían la delicia de los parroquianos que interrumpían sus partidas se truco para escucharle. Hoy debe encontrarse en el más allá compartiendo con don Luis Báez, el che Paredes o el abuelo Zenobio.

CLODOMIRO REYES

Nació en la provincia de Valdivia el 17 de diciembre de 1896 y salió de Villarrica entrando a San Junín de los Andes. Permaneció durante algunos años en Argentina para llegar al Baker siendo todavía joven.

Se estableció en las cercanías de Puerto Bertrand, donde adquirió un campo. Allí crió, junto a doña Marina, una prole de hijos que hoy todavía se pasean por las calles de pueblos nacidos a la orilla de algún lago o río. Rodeado de sus nietos que le escuchan atentamente nos relata:

“Yo me vine de mi tierra porque maté a dos, “por bolas largas”; bueno, ellos me querían matar a mí, así es que les gané de mano. Me vine disparando de la justicia.

Yo nunca trabajé para la Compañía, siempre trabajé por mi cuenta, a contrata. La vida era muy difícil, había que ir a buscar los víveres a Cañadón Verde y a Perito Moreno; se demoraba 10 a 12 días en ir y volver con cinco o seis pilcheros.

Acá los campos eran muy solitarios, vírgenes. Me acuerdo de don Lucas Brigdes, era un hombre amable el gringo, muy tranquilo para hablar: “¡Oh compañerito! Ando acá mirando un campito, usted sabe que si uno puede alcanzar a agarrar una estrella, una estrella agarra, si no puede agarrarla, la deja.”

Allí en Cañadón Verde, tenía la oficina. Don Lucas agarró los campos que alcanzó a ver. “¡Oh compañerito! 80.000 hectáreas arrendé al fisco, a \$5 la hectárea.” Él las acaparó por contrato y las eligió en un solo paño.”

Don Clodomiro nunca regresó a su tierra natal, el Baker lo atrapó, como a tantos otros. Cuando se le pregunta si es cierto que él “se robó” a doña Marina, su esposa, relata:

“Jovencita era la vieja, yo ya tenía como 45 años y ella tenía 22 y hasta el día de hoy no tengo nada que hablar de mi mujer.

Me la tuve que robar pues. ¡Si no me la quiso dar la vieja! Ella quería que se casara con uno que tuviera boliche o unas 1000 vacas. Yo tenía 30 vaquitas, tenía 200 ovejas, tenía para mantenerla a ella y a la vieja de miércoles. Nunca más hicimos la amistad con ella; donde me encontraba me retaba, pero yo de levantarle la voz, ¡nunca! Y me casé también. Me echaron los pacos. Me llevaron preso a Chile Chico por “Hurto de humanidad”. “¡Se la robó!” Decían así.

¡Qué mierda! Si uno no se roba a una mujer, porque la mujer es tan racional como es el hombre, y si se va es por su propio gusto.

Ahora, sí se fue a escondidas de los mayores, está bien, pero era la única salida que teníamos, pero no digan que me la robé, porque no somos animales, o más bien dicho somos animales racionales”

Don Cloro, como le llamaban cariñosamente, falleció dejando 10 hijos y muchos nietos, de quienes decía:

- “¿Nietos? Tengo una zalagarda de esos porquerías.”

Hoy son ellos quienes procuran que no falte una flor sobre su tumba o una oración en su recuerdo.

EL CHE PAREDES

“Mi mujer me dijo: “ Esa camioneta que compraste va a ser tu desgracia”. Y así no más fue, porque un día que andaba con un par

de tragos en Puerto Montt, se me atravesó una vieja y no pude frenar... Después de eso y como había quebrado por malos negocios me vine para el sur, salí sin rumbo fijo y me quedé en estas tierras, Aquí hice un montón de casas, pero como las hacía las vendía.

Yo vengo de una familia de puros hermanos profesores, yo soy la única oveja negra, por eso es mejor que esté lejos, aunque alguna vez me voy a ir donde un hermano que tengo en Santiago y que es rico. En un diario leí que había donado una escuela en Chiloé y que le habían puesto el nombre de mi madre.”

El che Paredes, como era llamado, construyó gran parte de las casas de Cochrane y como las iba terminando las vendía, para embriagarse sin medida y volver después a empezar de nuevo otra construcción. Pero pese a su continua embriaguez, había en él reminiscencias de un pasado mejor, cierta distinción en su andar y en su vestir de huaso de la zona central.

Un día se enfermó y cumpliendo lo que en muchas ocasiones repetía, se fue a Santiago, a buscar al “hermano rico”. Después de tantos años, de tantas ausencias, de tantos silencios, pudo dar ese abrazo que había guardado para la hora final. En la casa de él murió, dejándole a su hermano y su cuñada mil

historias del Baker, esa tierra que lo acogió por tantos años y en la cual no se quiso quedar.

MUJERES

Es difícil saber, cuando es más grande el sufrimiento, si en una gran ciudad viviendo en forma anónima, atrapada por el tráfico y el smog, o en las cumbres nevadas de los Andes Patagónicos, donde el frío penetra hasta congelar el alma, o si lo es abriendo el surco en la tierra a fuerza de tesón o acaso construyendo un rancho de canogas para poder descansar y cobijarse de la lluvia.

Si viajamos en busca del recuerdo, veremos tanta gente, que escapó de la gran ciudad para venir a habitar este extenso Baker. Es cierto que sufrieron en cada lucha que tenían contra el frío, en cada invierno en que la nieve hacía su larga visita, quedándose muchas veces más de lo esperado ¡Cuántas veces habrán querido escapar de todo, volver a su ciudad natal, sobre todo cuando el río creció con fuerza destruyendo los sembrados, cuando el puma diezmó los corderos... Pero se quedaron para luchar junto a su hombre, para abrir el sendero hasta el corral de las vacas, construir un puente sobre el estero que

rodea la casa y para después parir a sus hijos, con la ayuda del marido o de alguna vecina cercana, distante algunas horas a caballo.

Se quedaron para vivir la grandeza de ver crecer lo sembrado junto a la familia, para cambiar sufrimiento en amor, para gozar de las cosas simples, se quedaron para ser felices con una naturaleza pródiga.

MARIA LUISA CRUCES PARADA

Hija de don Segundo Cruces y Juana Parada, no recuerda el año en que sus padres llegaron, pero sí dice que fue antes del año 21, ya que ella nació en ese año en el sector denominado Las Confluencias, lugar en que el Baker recibe las aguas de uno de sus primeros tributarios, el Nef.

Sus padres se vinieron porque les dijo un sobrino, Avelino Reyes, que acá la vida era más fácil.

Ella recuerda que en realidad la vida era buena, aunque todo era monte, pero al que sembraba nada le faltaba para vivir.

“ Mi papá cosechaba de todo, papa, arveja, trigo; acá la gente no estaba acostumbrada a sembrar, se alimentaba especialmente de arroz y fideos. La harina y la yerba la

traían de Perito Moreno. También estaba el negocio de Cañadón Verde, ahí se iba con pilcheros. La carne no faltaba, donde una caminaba tropezaba con un animal; la gente era "perdularia", algunos carneaban un animal, le sacaban los puros asados y los dejaban.

Yo estuve en la escuela de Las Latas, con el profesor Guerra.

En la escuela había internado, la cocinera era la señora Virginia, casada con don Antonio Gallegos. Cada uno lavaba su ropa.

De la gente que me acuerdo que vivían antes por acá era de don Gregorio López, don Geldres, don Pedro Alarcón, don Ambrosio Martínez, que ya era rico en esos años, don Honorio Ampuero, don Paulino Ibáñez, el chileno Poblete, Manuel Barría, ese viejito era de antaño, murió aquí, era solterón. Don Luis Ruiz, también era solo. Los Huenchumir, que eran José y Antonio.

Internados más al cerro estaba don Vilches, vivía solo con las vacas, quedó pobre cuando le embrollaron unos animales, porque él poco sabía, después empezó a salir a trabajar por las poblaciones.

Por otro lado vivía el finado Pedro Oliveros, la señora Rosario Arriagada, Alberto Reyes, al centro Ignacio Ruiz, Marcos Olivares, Juan de la Cruz Maldonado, Agustín Barría y el finado Arratia.

Después de estos relatos se queda pensando largamente, como si quisiera volver a esa época, que como dice fue mejor. Es que ahora está enferma y anciana y sin muchos recursos económicos. Después de unos mates prosigue su historia.

“Yo salí del Baker el año 37, porque me enfermé, me tullí, que hasta ahora no puedo caminar, ya no puedo andar por la quinta como antes. Primero se enfermó una hermana de cuatro años, de un momento a otro, falleció a los cuatro días, después me tocó a mí. El único que sabía un poco de

medicina y estaba a la mano era don Manuel Huelet, me hizo unos machitones y después hablaron con el practicante Martínez de Carabineros, que me hizo unos cuantos remedios y les dijo a mis padres que tenían que sacarme de ahí.

Bueno, me sacaron a caballo, hasta un lugar. Después en carreta hasta Entrada Baker, después el señor Brigdes me llevó a Aysén en su “lobuna”, era una camioneta ploma, él me preguntó de qué color era y como yo sólo sabía los colores de los caballos, le dije que era lobuna, con ese nombre se quedó...

En Aysén pasé un invierno, mi mamá me dejó en una casa y se vino para el Baker. Al otro año me fue a buscar y me llevó a Puerto Montt, donde una señora que era espiritista y que le dijo a mi mamá que le dejara una foto mía para hacerme remedios.

Esa fue la única vez que salimos de esta zona, porque salir era demasiado difícil y muy sacrificado. Si para salir uno tenía que pensar que eran días y días de andar a caballo.”

MARGARITA ROMERO

Hasta no hace mucho la veíamos por las calles, con 78 años aún trabajaba la huerta, cuidaba de sus gallinas y hasta de los nietos que de cuando en cuando le dejaban encargados. Un cigarro eternamente encendido la caracterizaba, como así también una boina desteñida con el tiempo, confundiéndose con sus canas.

“Mi papá se vino de un lugar que le nombraban Laja. En Curacautín conoció a mi mamá y se la trajo, acá él trabajó de tropero. Todos mis hermanos nacieron acá, siete en total. Yo soy la mayor. Mi mamá se atendía sola en los partos.

Primero vivimos en El Salto y después al otro lado del Baker, estábamos cerquita de los Arratia, como dos horas a pie no más.

Yo estuve como dos años en la escuela de Las Latas, pero no aprendí nada, se pasaba mal allí, la casa era chica y había que pasar todo el día afuera; las mujeres jugábamos

con muñecas de trapo y los hombres con caballitos de palo, también jugábamos a la tiña, al lucche. Para leer usábamos el silabario Ojo.

La escuela era una mediagua no más, no tenía ni forro. En ese tiempo se hacía clases en verano. Entrábamos en septiembre y se salía en abril o mayo, el tiempo era muy malo entonces. No usábamos uniformes, cada cual con su vestuario de casa, usaban botas, alpargatas, algunos chicos iban con bombachas.

Nos cocinaba la señora de don Manuel Catalán, no eran malas sus comidas, pero antes de ella si que sufrimos, había una señora que se llamaba Virginia, era muy sucia para cocinar, no tenía cuidado, nadie comía cuando estaba esa; una vez hasta apareció un pedazo de estropajo sucio en la comida”.

Los relatos de doña Margarita coinciden con otros, como el de doña Graciela Fuentes, Luisa Cruces, Melania Arratia, todas ex alumnas de esa escuela, de la cual ya no queda huella, pues el coirón la ha borrado, mientras

el viento ha llevado a esos caballitos de palo a cabalgar por la extensa pampa tras el ñandú o el guanaco.

“Ni me acuerdo cuando me casé, yo tenía como 15 años y me fui a vivir al Colonia. Allí no llegaba nadie en esos años, ni siquiera los mercachifles se atrevían a meterse; era una serranía, puros cerros, sólo se veía montaña y cielo. Yo me quedaba sola cuando mi marido salía a trabajar, no me daba miedo, porque total ahí no llegaba nadie; eso si que había hartos huemules, también había leones, yo los vi, pasaban cerquita de donde teníamos el rancho nosotros, le encontrábamos las escarbaduras, bostiaduras igual, pero nunca les tuve miedo, porque no atacaban a los humanos. Lo único malo era cuando la leona recién parida le enseñaba a sus cachorros a cazar. Ahí si que dejan la tendalá de corderos muertos. También andaba harto gato montés.

Al gato montés lo cazábamos para venderlo. Los llevaban a Argentina, tenían buen precio. En ese tiempo no

había zorros y a los huemules no lo matábamos porque eran unos animalitos inofensivos.

La vida era muy buena, no difícil como ahora. La comida no faltaba y los hombres con lo poco que trabajaban ganaban para vivir; no faltaba la carne, había hartos animales y también siembras. Los víveres se traían desde Argentina, lo mismo que la ropa. Además que en el campo uno no precisaba de mucho. Yo a mis hijos le hacía ropa con los cueros de los chivos y andaban calientitos, además no necesitaban zapatos, porque tenían tamangos, no como ahora, que ni para salir al campo la gente se pone tamangos ya

A Puerto Aysén fui una vez, no me acuerdo el año, pero debe haber sido como el año 50. Nos fuimos a Coyhaique a caballo desde aquí mismo, demoramos como 25 días, primero salimos por La Leona a Chile Chico, después a Los Antiguos. A Aysén fuimos por ir a pasear no más, porque ahí yo tenía una familia, pero no me gustó, yo no salí a ninguna parte, lo único que conocí fue un puente.

Además desde Coyhaique a Aysén nos fuimos en vehículo, yo tenía miedo, porque parece que se iba a dar vuelta por ahí. No decía nada, pero me marié tanto que parece que no era de este mundo. Por eso era que no quería ni salir a la calle después.

De vuelta fue peor, el vehículo quedó en pana, no teníamos donde alojar y para colmo se puso a llover.

Fue lo más malo que pasó, aparte de las comidas, nos daban mariscos y puras cosas que yo no conocía. Yo no hallaba la hora de venirme, no me acostumbraba y eso que estaba acompañada de gente, no había como mi rancho, donde nadie me molestaba y podía hacer lo que quisiera.

Fijese que yo ya hace más de diez años que salí del campo para venirme a vivir a Cochrane, pero, si tuviera de nuevo 15 años y pudiera retroceder en el pasado de nuevo me iría a vivir al campo, a trabajar otra vez como antes, porque era feliz, con puro trabajar y cuidar animales.”

ROSALIA GALLARDO

Hay mujeres en los pueblos que recién empiezan a dar sus primeros pasos que, sin ser heroínas, ni profesionales destacadas, dejan tras de sí un recuerdo imperecedero. Es lo que sucede con la “abuela Chalia”.

Cuando se le preguntaban datos personales, como su lugar de nacimiento responde vagamente:

“ Nací en Chile Grande, qué me voy a acordar en qué año”.

Después de conversar largamente en muchas ocasiones se podía establecer que el Chile Grande, a que se refería era Chiloé y que en una de las tantas islas del archipiélago estaba su origen.

Ofició de curandera. Más de un niño llegó de la mano de su madre a curarse del empacho, o de alguna quebradura, para la cual usaba una especie de yeso que se preparaba con harina y huevo y al que daba el nombre de **“vilma”**.

Hablar con ella era adentrarse en un mundo misterioso, rico en sabiduría con relación al uso de hierbas medicinales, de entierros, de brujos y

aparecidos, herencia del mítico terruño que la vio nacer. Adornaba sus relatos con los más variados improperios y, luego de pronunciarlos, pedía respetuosamente las disculpas.

“Un entierro- decía- se conoce porque en ese lugar siempre aparece algo raro, ya sea un perro, un toro con cachos de oro o un fuego; para sacarlo hay que tirarle un lazo y seguirlo, el lazo solo se empieza a enterrar, pero queda una punta asomando en la tierra, ahí está el entierro, pero hay que tener cuidado para sacarlo, porque el gas de la plata es muy fuerte, por eso hay que ponerse al otro lado del viento, porque si no el entierro se corre”.

Bastaban un par de preguntas para que rápidamente se sumergiera en un mundo de fantasías y el recuerdo de su antigua vida en Chiloé con sus mil mitos y leyendas afloraban con fuerza transformándose en palabras que salían a borbotones de su boca. Su marido, el abuelo Nacho, socarronamente se reía sin decir palabra. El relato muchas veces era interrumpido por alguna gallina que entrara a la habitación que hacía de cocina- comedor-dormitorio, o por los ladridos de Flay, el perro regalón que reclamaba también su derecho a

permanecer en la estancia al lado del calentador de lata, que se encargaba de ahumar sin tregua la pequeña pieza.

“¡Claro que hay brujos! ¿Y qué día es hoy? Martes hoy, martes mañana, martes toda la semana... Cuando yo era chica fuimos una vez con mi hermano menor al campo, en Chile Grande, allí se nos apareció un pájaro que nos seguía a todas partes; yo agarré un palo y le pegué unos buenos garrotazos; después le chupé la sangre y como mi hermano no quería se la encajé en la jeta y le dije: ¡Ya, mierda, chúpale la sangre a este brujo!... eso era para que a una no le puedan hacer daño. Al otro día supimos que un vecino estaba en cama con unas costillas rotas y todo machacado”.

Otra de sus actividades era la de “sacar males”, no cobraba por ello, como tampoco lo hacía por curar empachos o sanar del ojeo, pero la gente le llevaba en retribución tabaco, yerba o le dejaba algún dinero.

“ Aquí también hay gente mala, yo he sacado muchos males. Al hijo de doña Rosa le saqué un mal hace poco, lo

había embrujado una mujer que había sido su novia y no lo quería dejar. Ella había cortado un mechón de pelo y junto con un pañuelo de él lo había enterrado en el cementerio. Yo se lo saqué, vomitó una cu'stión como un potrillo de yegua, pero más chica..."

Un día la abuela se adentró hacia un espacio que sólo ella podía comprender. Dejó de reconocer a quienes la visitaban, hablaba de hechos y lugares que alguna vez debió conocer, el tiempo dejó de tener importancia. Pasado y presente se confundieron en su mente, ni siquiera su perro Flay con sus incesantes ladridos lograba sacarla de la abstracción en que vivía. Quedó solo el rancho que albergara tantas historias, sus pocas pertenencias se perdieron en algún basural y las gallinas sin tener ya quien las cuidara salieron a buscar alimento hasta perderse en los matorrales aledaños.

Ella y su marido, el abuelo Nacho, o Vargas malo, como le llamaban, fueron llevados al asilo de ancianos de Coyhaique. Murió lejos de lo que amó, sus perros, sus cabras y gallinas. Quizás su sepultura ni siquiera tenga un nombre para depositar en ella alguna flor.

.....

“Aquí en mi tierra, hubo una mujer, que llegó desde lejos a lomo de caballo con un crío en los brazos, que atravesó los cerros, se lavó en las aguas cristalinas de ríos y lagunas; se abrió paso entre el monte con un machete en mano. Ella, al igual que su hombre empuñó el arado, ensilló un caballo, arreó el ganado, degolló una oveja; mujer que levantó un pilchero y revolió el rebenque para apurar el paso de su sillero, pues la vecina y la vida que viene no pueden esperar...

Mujer hecha de gestos, de silencios. Que tuvo doce hijos paridos sin dolor, porque sola en el rancho había que vencerlo y traer a la vida al hijo de los vientos, al hijo de la lluvia y del amor...

Mujer que se hizo nieve y sol. Nieve para el dolor, sol para dar amor.

Mujer que se hizo carne y mate del alma de sus hijos; que se hizo Baker para todos.”

COSTUMBRES

VIVIENDAS

Y al lado de un río que serpenteaba abriéndose paso por entre la entonces abundante vegetación, de un arroyo que bajaba silbando entre las

rocas de algún cerro protector o al pie de éste, fueron levantándose aquí y allá ranchos que albergaron esperanzas y luego frutos maduros. Casas que quizá fueron sinónimo también de la rapidez con que se iban sucediendo las historias y luego la historia. Había que ganarle la llegada al invierno, y para ello era necesario echar mano de la dadivosa naturaleza, de lo que esta entregaba y con lo imprescindible para extraerle un poco de su riqueza.

Quienes llegaron a habitar esta región, tuvieron que prescindir de muchas comodidades y servicios básicos, dada la geografía y la falta de caminos, era imposible traer algunos elementos, sobre todo herramientas de mayor volumen, cocinas a leña, muebles...

No era de extrañar entonces que las viviendas tuviesen piso de tierra y careciesen de vidrios y muebles. Sólo los esquineros hechos de tablas gruesas, labradas únicamente con la ayuda del hacha, evocaban los muebles de cocina que se dejaban allá, en ese allá que ahora aquí en la inmensa soledad resultaba tan lejano.

Las casas se construían con troncos partidos a los que se les llamaba “**canogas**”, troncos de árboles ahuecados, (canoas). Por lo general tenían dos

habitaciones, una que servía de cocina comedor y que tenía en el centro un fogón en el que se cocinaba, generalmente en ollas de fierro de tres patas y que se colgaban del techo con un alambre; la otra habitación se usaba como dormitorio. En este los colchones de lana, se extendían sobre **catreras**, como comúnmente se les llamaba, las que se componían de dos caballetes de rústicos palos, uno en cada extremo, sobre los que se disponían tablas labradas.

Para que el sol y la luz entrasen al hogar, que siempre tenía la puerta abierta, se hacían ventanas, también de madera, que se abrían en el día.

“Antiguo rancho de canogas y tejuelas, hijo de lengas, ñires y coigües legendarios, hogar de tortas fritas, mate amargo y churrascos; hogar de padre y madre luchando por la vida, sembrando, cosechando, esquilando. Pequeño rancho campesino, perdido en la eternidad del tiempo. En tu vieja costilla de tejuela, vivo quedarás en el recuerdo...”

También se usaba la **“cocina de fogón”**, separada de los dormitorios y que era el lugar de mayor permanencia de la familia. En la cocina de fogón se reunían en las largas noches de invierno, a contar historias o echar

adivanzas. La madre hilaba la lana para las medias o chalecos, mientras el padre preparaba las sogas que servirían para completar el apero. Alguno de los muchachos mayores hacía circular el mate, conversador inseparable de noches y amanecidas; compañero hermano del fogón:

“Pequeña flor, amigo inseparable del hombre que llegó, al que vio nacer en mitad de la pampa, entre los ñires, bajo el coigüe, al lado de una lenga o del río; calor que entibiara el mate, que hiciera chirriar el asado; fogón compañero del hombre que campeaba sueños y encontró futuros, del puestero, cuidador de ajenas esperanzas al que cantaba ilusiones en su eterno crepitar. Tanto se acostumbró el campesino a su calor, que lo llevó con él al rancho en el que fue cuerpo y alma de todos, pues dio vida a las horas que lentas pasaban tras el vuelo del caiquén o siguiendo las aguas del Baker”.

Afuera de la vivienda se usaba un “palenque” o un “varón”. Este último consistía en una vara gruesa y larga colocada sobre dos postes, *llamados horcones*, que iban enterrados. En este lugar se amarraban los caballos. Cuando los visitantes llegaban al lado de la casa hacían notar su presencia dando fuertes palmadas hasta que aparecía el dueño de casa. Esta costumbre

tenía como objetivo evitar el ataque de los muchos perros que generalmente había en el sector visitado.

“Los horcones, débiles y retorcidos de dolor, soportan con estoicismo el peso de la vara de lenga que, recién bajada de los bosques se va desnudando ante la cuerda que la aprieta sin piedad.”

También en Pueblo Nuevo se adoptaron los palenques y varones. Los primeros en los sitios de las casas particulares y los segundos afuera de negocios, bares y oficinas públicas.

ALIMENTACION

La carne fue la principal fuente de alimentación. Se comía especialmente en asados al palo, más conocido como asado parado. Se ponía a asar ensartada en un palo o fierro, **asador**, enterrando este cerca del fuego que debería tener poca llama y muchas brasas, mientras se rociaba con una salmuera preparada con agua, sal y condimentos cuando por casualidad, estos últimos, quedaban por ahí rezagados del pedido que anualmente se iba a comprar a los boliches argentinos; también solía llevar dos o tres ajos partidos

a lo largo Cada uno de los comensales sacaba el trozo de carne que iba a comer, mientras tiraba los huesos a los perros, que por supuesto siempre estaban merodeando cerca de la puerta o alrededor del lugar donde se hacían los asados en ocasiones especiales.

Saber cortar la presa justa constituía una proeza, había que buscar el lugar exacto de la unión de los huesos. El no saber hacerlo era motivo de amistosas burlas como: **“Herrera pasó pá fuera”, (haciendo con esto alusión a viajar a Argentina), “perdido andaba un viejito”, etc.**

El asado era acompañado de “tortas”, sopaipillas, que son hechas sin levadura y fritas en grasa, razón por la cual pueden durar varios días sin endurecer o echarse a perder, motivo por el cual eran también llevadas en los largos viajes que se realizaban, ya sea en busca de animales al campo o en viajes a Argentina en busca de víveres.

“Hoy el asado al palo, se ha convertido en la invitación obligada para el visitante. Al igual que el mate, reúne en torno a él a los amigos y al forastero; a niños, jóvenes, mujeres y hombres; al jefe y al empleado. De haber sido la comida diaria para los primeros pobladores, se ha

transformado en el centro de la celebración. De la señalada o de la esquila del campo, se vino al pueblo a festejar cumpleaños, bienvenidas y despedidas. El asado, que lentamente se va dorando al calor del fogón, pareciera ser otra dimensión de la concretización del dicho: “Quién se apura en la Patagonia, pierde el tiempo.”, simplemente, porque quiere alargar la visita, ser el reflejo de la amistad brindada al que llega de lejos y que requiere del descanso, de la reposición del cuerpo y del espíritu para continuar atravesando las tierras patagonas.”

VESTIMENTA

Costumbres argentinas se arraigaron en la zona, y era obvio, pues todo se adquiría allí. Era más fácil salir a este país que a cualquier lugar de Chile. Por otro lado, la gran mayoría de hombres y mujeres que vino libremente a poblar este territorio, había recorrido por largo tiempo la plateada pampa trabajando o en busca de un terruño en donde establecerse y las movilizaciones sociales ocurridas en ese territorio, fue la causa principal de su

éxodo hacia este rincón de su patria. Por ello se vestía a la usanza del gaucho de ese país: sombrero de ala corta o boina, pañuelo al cuello, para cubrirlo del viento y del frío, chaqueta de cuero o gabardina, en algunas ocasiones reemplazadas por un vestón corto azul o negro, que lucía en el bolsillo chico la punta de un pañuelo bordado con las iniciales del dueño; a veces también se sujetaba con un prendedor de fantasía; completaban el atuendo, amplias bombachas y botas acordeonadas. Se agregaba a la vestimenta una faja envuelta alrededor de la cintura, de color rojo para protegerse del dolor de riñones. Durante las fiestas el hombre lucía una “rastra”, cinturón de cuero adornado con monedas y cadenitas de plata.

**“Cuentan que hace mucho tiempo
por sendas que habría el viento
llegaban raudos jinetes
con espuelas y sombreros.**

**Dicen que traían atados
al cuello sendos pañuelos
con iniciales bordadas
por la moza de sus sueños.**

Vestían de gabardina

**negras bombachas plizadas
y unas botas muy curiosas
que les decían “acordeonadas”.**

Las mujeres llevaban amplios vestidos de colores, zoquetes blancos y zapatones negros; sus trenzas tenían vistosas cintas, esencialmente rojas o verdes. Se colocaban coloretos en las mejillas y cuando caminaban en la calle siempre iban uno o dos pasos detrás del hombre.

En el campo se usó “el tamango”, para recorrer los cerros en invierno, deslizarse en la nieve o caminar grandes distancias. Ricardo Alvarado los define así:

“ Se fabrica con un pedazo de cuero de vacuno, ojalá de la parte del cogote, y tientos. Para usarlo se coloca un retobo, que consiste en poner alrededor del pie, sobre los calcetines o medias de lana cruda, arpilleras, géneros viejos, etc. Este

calzado es usado por ser abrigador, livianito, y porque además no le pasa el agua”.

Como complemento del atuendo de trabajo, el hombre usó siempre dos tipos de cuchillos: uno grande, generalmente plateado, llamado facón, colocado entre el pantalón y la faja, en la espalda a la altura de la cintura, llamado por esto así, “*cuchillo a la cintura*”, y otro cuchillo pequeño y cortante, colocado también en la cintura, pero en la parte delantera, bajo la faja, dirigido hacia la ingle. En el pueblo, llevaba sólo el verijero.

“Siempre se usaba el verijero, uno se lo colocaba en las verijas, (ingle) por si tenía que pelear con alguien, o carnear algún cordero”.

Tanto se acostumbró el varón al uso de este tipo de cuchillo, que no lo abandonaba jamás. Tanto así, que a un notable vecino y empleado público, don Carlos Quintana, a quien ya nos referimos anteriormente, le ocurrió la siguiente anécdota:

“Cierta vez tuvo que viajar con su hijo a la capital del país con el fin de realizar unos trámites. Después de haberlos terminado y para no volver con las manos vacías a su querido pueblo y familia, decidió ir de compras a una tienda muy conocida por la propaganda. Después de haber adquirido los regalos de rigor, solicitó una prenda de vestir para él, y como había de probársela, se quitó la chaqueta, el suéter y por supuesto su cuchillo verijero, el que dejó sobre el mostrador, tal como se hacía por sus pagos. La dependiente se asustó tanto, y creyéndolo un asaltante, hizo sonar la alarma y llamó a cuanto guardia había en el local. Ambos, padre e hijo, tuvieron que deshacerse en explicaciones y pasó bastante tiempo para que todo volviera a la normalidad, ya que hasta los demás clientes estaban hartos asustados.”

LOS PUESTOS Y CAMPAMENTOS

Las distancias entre uno y otro poblador eran enormes, basta recordar el relato de la señora Margarita Romero. **“Estábamos cerquita de los**

Arratia, como a dos horas a pie no más” Y no era raro escuchar:
“Vivo cerca del pueblo, andando en lo montado en el verano se llega en el día, claro sin pasar a sestiar”...

En esta zona los campos son extensos y de accidentada geografía. Para recorrerlos, en tiempo en que se debía juntar los animales o viajar al pueblo, el campesino dormía muchas veces en “campamentos”, es decir, bajo una lona, que le cubría del frío de la noche. Su cama la constituían los cueros de su montura y la cangalla o los bastos era su cabecera.

“Va cayendo la tarde, es necesario descansar y hacer que pasten los caballos. Bajo los siempre hospitalarios árboles, a orillas de un río o arroyo, se desensilla y luego se arma el campamento.

Es este el lugar de todos, siempre disponible para aquel que pase.

En el gancho de un árbol, quizá se encuentre alguna pava esperando entibiar el agua del mate, porque el viajero que estuvo antes ahí, de puro gaucho, la dejó junto al asador hecho con palo de calafate, para que el próximo sienta, a través de ellos, esa intrínseca amistad que está flotando bajo los árboles y los use como gesto de reciprocidad.

Al calor del fogón ya está chirriando el churrasco, está llorando lágrimas de grasa derretida y esparciendo su aroma por el aire.

El mate también empieza su andar cotidiano y derrama su tibieza en el cuerpo y alma del viajero.

De las chiguas salen a bailar las tortas entre las manos, recuerdo de aquella que en el rancho se quedara, mientras el viajero ya corta el trozo de jugosa carne que repondrá las fuerzas perdidas durante la jornada.

Ahora, bajo la lona, que será techo de su noche, sobre los cueros y entre las pilchas, el poblador del Baker recorre con el pensamiento, los caminos que mañana ha de volver a andar.”

También debido a las distancias, dentro de un mismo campo se construía “**puestos**”, que eran pequeños refugios, situados en las partes alejadas y que le permitían permanecer durante periodos más prolongados, sobre todos en las llamadas **veranadas**, donde se permanecía pastoreando los animales con el fin de dejar que en los campos bajos aledaños a las casas, creciera el pasto, que habría de ser cortado y guardado para servir de forraje en época invernal, tiempo en que también se bajaban los animales de las veranadas. Los **puestos** se hacían con troncos partidos y tenían poquísimas comodidades, lo que no impedía que a veces las mujeres se trasladaran

igualmente a esos lugares, con el fin de **“quesiar”**, hacer quesos y en algunos casos mantequilla.

**Al otro lado del cerro
en el valle ‘e verana’
en un rancho palo a pique
vive Braulio y su alazán.**

**¡Aijuna! ¡qué hay que ser gallo
pa’aguantar una inverná
cuidando ganado ajeno
entre tanto temporal.**

LAS TAPERAS

En muchas ocasiones los campesinos cambiaban sus hogares de lugar, ya sea porque el río inundaba el sector, o porque un nuevo dueño decidía hacer la casa en otra parte. Quedaban entonces las casas viejas, galpones y uno que otro cerco abandonado. Este lugar recibía el nombre de **“tapera”**, adoptando el nombre de quienes habían vivido antes, por ejemplo **“la tapera de los Arias”**. Estos lugares eran refugio de viajeros, ya que siempre estaban

cerca del agua, además podía disfrutarse de la fruta de algún rezagado manzano o cerezo.

**“En la alborada del siglo
junto al río, bajo el lengal
nació un rancho de canogas
bajo lluvia temporal.**

**Don Zoilo trajo a su gente
se quedó como el que más
se hicieron uno con la nieve,
con el alzo y el bagual.**

**En el rancho de canogas
junto a la hierba crecieron
los muchachos y chiquillas
que como el río partieron.**

**Don Zoilo y su compañera
al quedar solos pensaron
que era mejor irse al pueblo
que otros colonos crearon.**

“El rancho se hizo tapera

**y en donde antes hubo vida
hoy sólo queda el recuerdo
de don Zoilo y su familia.**

DESENSILLE

“Desmonte, amigo, desensille” y luego, **“Pase más adelante.”** Estas eran expresiones que se usaba para invitar a un viajero a quedarse en una casa y pasar allí la noche.

El campesino, conocedor de las distancias que se recorrían diariamente, era hospitalario, no dudaba en ofrecer casa y comida, pues sabía que así también él sería atendido en alguna oportunidad. **“En el Baker, más vale tener amigos que tener plata”.**

**“Desmonte, amigo, desensille,
pasemos a la cocina
a descansar un poco,
un buen amargo tampoco
creo que le haga mal**

**le va a entibiar las horas
si halla mucha soledad.**

**Después, bueno, churrasqueamos
porque la patrona hizo
unas ricas tortas fritas
que esperan junto al fogón
y al asado que invita.**

**Si se le hace muy tarde
usted, no se haga problemas
pa'su caballo hay pasto en el potrero
y usted, allí debajo de las lengas
puede tirar unos cueros.**

**Y de pilchas,
las estrellas,
que en la noche patagona
brillan tiñendo quimeras”.**

LA TABAQUERA

Dentro de ella se colocaba el tabaco, generalmente de marca "Caporal" y el librito con hojas de papel muy fino con el que se hacían los cigarrillos, papel de arroz, o de fumar como se le conocía. Las tabaqueras eran confeccionadas con cuero de ñandú, nombrada "**tabaquera de choike**" o en género, con vistosas flores bordadas.

Pero más allá de la utilidad que podían prestar, las tabaqueras bordadas representaban el amor de la mujer. Ella bordaba no una flor con hilo de colores, sino sus propios sentimientos. Cada puntada era un requiebro, un beso escondido. Las iniciales entrelazadas del amado guardaban un silencioso "**te quiero.**"

" Habré hecho tabaqueras,, una vez me acuerdo que le hice una al Julián, ese que ahora está casado con la Berta, estaba llena de claveles y pensamientos; después hice otra cuando andaba noviendo con Felidor, en esa si que me demoré, porque tenía que hacerla a escondidas de mi mamá , que no lo podía ni ver...Después me casé con Juan, el más feo y que ni siquiera fumba..."

**¿Te acordás, vos, Cloro
de aquellas paisanitas con trenzas de color?
Esas que nos bordaban tan lindas tabaquetas
pa'demostrar por siempre su tan grande amor.**

EL MATE

Lazo de unión que ha permanecido en el tiempo. Obligatorio ofrecimiento para el visitante: Dulce, acompañado de tortas fritas con queso para las damas, amargo para los varones. El mate desde siempre ha estado presente en toda actividad. Ha sido mudo testigo de negocios, de amoríos y trabajos; acompañando a la familia en la hora del nacimiento de un nuevo ser, en los velorios, dando el último adiós, en las esquilas corriendo de mano en mano después de la jornada de trabajo.

“ Una vez pasó al campo un funcionario, parece que era de Endesa, no recuerdo bien, le invité mate, porque es lo primero que uno le puede ofrecer a un visitante, no me va a creer que al primer mate “me dio las gracias”. Menos mal que no andaba solo, porque sino quizás que le digo por

hacerme gastar yerba de gusto; Claro, oiga, que el hombre parece que no sabía que si daba las gracias no le servía más, menos mal que el compañero lo salvó y al final nos reímos hartos... Yo creo que nunca más va a decir gracias antes de haberse llenado bien.”

RITOS DEL MATE

“El mate sale al campo a repuntar los animales, va a la esquila, a la señalada, a la marcación, al puesto, a la veranada, trabaja de tropero, se queda en el campo y viaja al pueblo. Es así, el eterno compañero del hombre y la mujer. Amargo para él, dulce para ella, con punta o yuyos, calabazo o jarro, vuela de mano en mano, hora tras hora, día a día, año y años...”

He aquí algunas consideraciones especiales para tener en cuenta al momento de tomar mate o simplemente para conocer un poquito más de él.

El calabazo es para tomar mate amargo.

“El mate dulce se debe tomar en un jarrito enlozado, pequeño. Se le puede agregar yuyos, hierbas medicinales, cascaritas de naranja, canela, etc.”

“Cuando a una persona le convidan mate, al tomarlo no debe mover la bombilla, porque se lava la yerba. Al terminar, tampoco debe hacerse sonar demasiado, porque ocurre lo mismo.”

Si el mate está ya sin sabor, es decir, con la yerba lavada y se desea tomar sólo algunos más, se le bota un poquito de yerba y se le echa una **ensilladita**, o sea, sólo la mitad o menos de yerba nueva.

Mate lavado, es aquel cuya yerba ya no tiene sabor porque se ha tomado mucho con la misma

Saber cuando dar las gracias es muy importante. Se debe decir gracias cuando ya no se desea seguir tomando mate, lo que significa que ya no le van a servir más. A muchas personas les ha ocurrido que dicen gracias después de haber tomado el primer mate que le han servido y con sorpresa ven que ya no le vuelven a dar, aunque querían seguir tomando.

Se decía antiguamente que el mate amargo era para los hombres y el dulce para las damas y era común ver cuando llegaban visitas a una casa, servirlos así, en dos mates distintos, incluso a las mujeres se les servía acompañado de pan con queso o dulce de la temporada. Seguramente no faltaba en los hombres las ganas de servirse tan rico pan amasado y queso fresco, pero, calladito nomás había que quedarse

Cuando el varón toma mate dulce por cuenta propia, se decía que estaba tomando unos aseñorados.

Como todo evoluciona, actualmente ya no se hacen esas diferencias y además pueden servirse algunos también los niños, lo que antes les estaba prohibido y menos aún acompañando en ello a los adultos.

En fin, estas son solamente algunas... **“cosas del mate.”**

LA GUITARRA Y LA ACORDEON A BOTONES

Eran los únicos instrumentos musicales que alegraban las fiestas de santos, cumpleaños, señaladas o algún casual casamiento.

“Los casamientos eran muy celebrados, harta guitarra, acordeón verdulera y canto. Era época de mucho dinero, el poblador más pobre tenía 100 vacas, su casa su tropilla. Los casamientos eran muy escasos, porque no había Oficial Civil acá, sólo llegó en noviembre del 44. Para la fiesta se invitaba a los vecinos, y duraba 3 a 4 días y a veces hasta una semana; además casi todos sabían tocar la guitarra y la verdulera, no faltaba tampoco el que agarraba la guitarra y se ponía a cantar estilos o milongas”.

Una de las canciones más populares era la ranchera **“Mate amargo”** Un buen guitarrista tenía que saber tocarla si se preciaba de tal. Lo mismo ocurría con el tema **“Pájaro campana”**

EL QUILLANGO

Era un cubrecamas confeccionado con cueros de “**chulengo**” (guanaco nuevo) era curtido por las mujeres y también cosido por ellas con venas de ñandú.

Principalmente se usaba en la cama matrimonial. Un quillango de dos plazas ocupaba 24 cueros de chulengo.

En la cama de los niños se usaba el quillango de cuero de corderito que no tuvieran muy larga la lana.

Otro tipo de quillango era el hecho con cueros de zorro, en este se ocupaban más o menos 12 cueros, sirviendo de fleco las colas.

LA TETERA DE LATA Y EL ASADOR DE PALO

El campesino usaba en sus viajes una tetera de lata, hecha de un tarro de conservas de tamaño mediano, al cual se le ponía una asa de alambre. Cuando ya no la necesitaba la colgaba en algún árbol, en una parte visible, para que pudiera ser usada en forma posterior por él o por otro viajero. Lo mismo se hacía con el asador de palo, que era fabricado con una estaca muy firme de calafate.

LOS SOTANOS Y LAS PAPERAS

Se hacía un hoyo en la tierra y sobre él una armazón de madera. El techo se cubría con champas y tierra, dejando una entrada cubierta con una puerta de madera. En estas no debía haber ventilación ni entrada de luz, lo que permitía mantener los productos en buen estado durante toda la época invernal, sin escarcharse ni descomponerse. En los sótanos se guardaba toda clase de verduras y en las paperas, como su nombre lo indica, solamente se guardaban papas.

JUEGOS

LA SORTIJA

Era un juego que se practicaba cuando aún existía la Compañía Ganadera Valle Chacabuco, especialmente en las celebraciones de Fiestas Patrias. Doña Ramona Jara y don Isidoro Alarcón la definieron así:

“Sobre dos postes se ponía un palo horizontal del que colgaban tres tarros con la tapa hacia abajo. En la tapa

llevaba un cordel. Un tarro estaba lleno de harina, otro con agua y el tercero con dinero. Los participantes debían montar a caballo y pasar galopando debajo de los tarros, tratando de abrirlos y acertar al que tenía el dinero, tirando del cordel correcto”.

Don Carlos Quintana nos lo relató así:

“Sobre dos postes se colocaba un palo horizontal, del cual colgaba un cordel, en cuyo extremo iba amarrado un anillo. Los participantes debían montar a caballo y galopando tratar de sacar el anillo con la ayuda de un palito. El que lo lograba se llevaba el premio acordado con anterioridad.”

Si bien es cierto que este juego fue traído desde Argentina, René León Echaiz, en un libro escrito sobre las diversiones y juegos típicos chilenos, manifiesta que fue introducido a Chile por García Hurtado de Mendoza, como diversión para la caballería:

“En el juego de sortijas, se colocaba en la cancha un poste de madera del cual colgaba una argolla metálica a tres metros del suelo. Los jugadores al galope de sus caballos, debían ensartar la argolla o sortija”

EL TRUCO

Como muchas costumbres asisesinas, fue traído desde Argentina. Se juega con un naipe español de 40 cartas. Este juego combatía la tan tremenda soledad y tedio en las tardes invernales. Mate y naipe, naipe y mate, siempre estaban presentes después de las faenas campesinas.

Se hacía del truco un juego ameno y jocoso. El decidía quien pagaba la cazuela, quien preparaba el asado o cebaba el mate. No se jugaba dinero, ya que su propósito era la diversión y compañía. Si se juega entre dos personas es un **“mano a mano”**, entre tres es **“truco gallo”**, con cuatro jugadores es un **“cuarto”** y entre seis **“de punta y hacha o sexto”**

El truco consta de dos partes, **el envido y el truco** propiamente tal.

Este juego, que aún perdura no sólo en nuestros campos, es condimentado con versos, a veces subidos de tono. Generalmente se juega

entre varones, aunque hubo muchas damas que lo jugaban y en la actualidad ha aumentado el número de mujeres que lo practican, viéndose incluso a algunas participar en los campeonatos, que son frecuentes en estas tierras.

He aquí algunos versos como pincelada del folclor literario de nuestro territorio que, sin duda, sería un material para otra importantísima investigación.

Al cantar treinta y un puntos del envido, se puede decir: “**Las de la luna, treinta y una**”. Si los puntos son treinta y tres: “**Las del inglés, treinta y tres.**”

**Está cantor el gauchito
como gorrión en el nido,
para afinar la garganta
le falta cantar ENVIDO:**

La mayoría de los versos, están dedicados a la “**flor**”, que es una mano en que al jugado le liga tres cartas de la misma pinta, lo que en el juego significa anular al envido y tiene un valor de tres puntos.

**“ Un tigre subió a la sierra,
y de allá bajó rodando,
con FLOR se levantó
y al TRUCO estamos jugando.**

**Se me quema la ropa
FLOR de copa.**

**Alambrada de siete hilos
postes de Ñandiguay,
molino marca Guanaco,
buena FLOR del Paraguay.**

**En la estancia La Escasez,
donde la pobreza sobra,
cuando el gaucho canta FLOR,
hasta el TRUCO se lo cobran.**

**Me tocó de compañero
con el viejo Necochea,**

**güelta, güelta canta FLOR,
puta el viejo que güevea.**

LA TABA

Contrario a lo que se piensa en cuanto al origen de este juego, no es argentino, sino español.

René Echáiz lo define así;

“La taba era un juego que se realizaba con huesos especiales que se lanzaban al aire. En Chile, la forma española de jugarlo adquirió características propias. Se usó aquí un determinado hueso de las patas del cordero que tiene cuatro caras, a las cuales se les dio el nombre de “hoyo”, “tripa”, “carne” y “culo”. Este hueso se tiraba al aire y ganaba el que acertaba la cara elegida”

Conserva aquí en Cochrane, las mismas características, a excepción de que es hecha con un hueso de la mano del vacuno, a la que se les ha puesto dos planchas metálicas, una más corta que la otra. Los nombres que se dan son “**macho**”, cuando se pierde, “**buena**” cuando gana y “**hueso**” cuando debe hacerse el tiro de nuevo.

Al parecer este juego fue introducido desde Argentina a esta zona.

El encargado de dirigirlo recibe el nombre de “**coimero**”, dado que por cada tiro efectuado recibe un porcentaje del dinero de la apuesta .

Se juega en una cancha similar a la de la rayuela y en él sólo participan varones.

Este juego aún es posible verlo en fechas como 17 de marzo, cuando se celebra el aniversario del pueblo y para el 18 de septiembre, junto a las típicas ramadas.

EL VISTEO

Antiguamente para practicar este juego se usaba el cuchillo verijero.

Se colocaban dos adversarios frente a frente y trataban de golpearse con la parte plana del cuchillo sin causarse heridas, sólo se trataba de demostrar destreza, buenos reflejos y vista excelente.

Entre los hombres que se destacaron en el arte del visteo, cabe destacar a don Clodomiro Mendoza. Se cuenta que en una ocasión en que fue atacado, se defendió con un zapato, logrando desarmar a su adversario, que manejaba un cuchillo.

En forma posterior y al ser prohibido el uso del cuchillo en el pueblo, se visteaba usando las manos, sin golpearse fuerte, sólo tocando el rostro del contrincante. También se podía vistear con diferentes objetos, como la boina, la alpargata, etc.

Actualmente, sólo es posible ver esta muestra de destreza en festivales costumbristas que se organizan en la localidad.

.....

En los campos se realizaban y realizan diferentes faenas, que adoptaron características especiales llegando a convertirse algunas en eventos a los que concurrían vecinos y amigos de los dueños del campo donde se efectuaban.

LAS SEÑALADAS

Es este un trabajo que se hace realiza en el ganado ovino y bovino, pero que causa más expectación cuando se realiza en los corderos de dos a tres meses de edad.

Antiguamente este trabajo era una verdadera fiesta campestre, ya que después de terminada la faena de señalada y capadura, la familia, dueña de casa, junto con sus invitados, celebraba con bailes hasta altas horas de la madrugada . Esta era no sólo una forma de compartir con los vecinos, sino también de agradecer la ayuda prestada en la faena.

La fecha en que se realiza esta tarea es noviembre o diciembre aproximadamente, ya que luego se comienza la esquila.

Señalar consiste en hacer un corte con cuchillo o máquina señaladora, en ambas orejas del cordero. Cada dueño de fundo debe tener una señal distinta a las que tienen las ovejas del campo aledaño, para que puedan reconocerse, pues este precisamente el objetivo de la señal.

Los dueños de animales deben solicitar un documento llamado comúnmente **“boleto de señal”**, que debe quedar registrado en la

Municipalidad. En este documento se especifica el corte o señal que el dueño debe hacer a sus animales y así nos encontraremos con diferentes tipos como: **martillo y bayoneta**, que consiste en cortar en una oreja cerca de la punta, formando una especie de martillo y en la otra hacer un corte alargado en la, así esta termina en punta.

Otros formas de señalar son: **orqueta, muesca, agujero, punta de lanza, zarcillo, rajada, despuntada, paletilla, ojo de higuera**, etc.

Cada oreja del cordero debe tener un corte distinto.

Junto con señalar los corderos se les corta también la cola y se castran aquellos machos que servirán para la venta y para la carne. Así también se elegirán algunos que servirán para reproductores.

Dentro del trabajo de señalada hay oficios tales como **“agarrador de corderos, señaladores y capadores”**

Las herramientas usadas son generalmente un cuchillo chico muy cortante y máquina para señalar, incorporada últimamente.

LA PELADA DE OJOS

Se ejecuta generalmente en el mes de agosto, cuando las ovejas tienen los ojos tan cubiertos de lana que ya no pueden ver.

Para “**pelar ojos**” a mil ovejas se necesitan generalmente cuatro hombres, por lo que el trabajo se hace sin contratar gente.

Luego de rodeada la hacienda y echada al corral, se agarran los animales con los que se va a trabajar y se amarran de patas y manos, las que quedan cruzadas, entonces el trabajador procede, provisto de un tijerón, a esquilar, la lana que rodea los ojos del animal, lo que debe hacerse con mucho cuidado a fin de no cortar o pinchar a las ovejas. Si esto ocurriese se curan las heridas con “**fluido**”

El promedio de ovejas a las que le les pela los ojos en el día, es de doscientos cincuenta más o menos.

En algunos campos, los menos, que tienen buenas razas de ovinos se debe hacer el trabajo de pelada de ojos dos veces al año en los meses de febrero o marzo y agosto.

LA ESQUILA

Las esquilas se inician a partir de enero, generalmente a contar del día 5, esto por el calor, que hace que las ovejas no puedan o correr con cierta soltura. Otra de las razones para hacerlas apenas iniciado el verano, la constituye el hecho de que en ese tiempo aún no están maduros dos especies de abrojo llamados uno “**pimpinela**” y el otro “**cadillo**”, que se adhieren a la lana del animal, haciendo muy difícil la tarea de agarrarlos y por otro lado la lana queda muy sucia y prácticamente inservible para la venta.

En campos pequeños, con escasa cantidad de ganado se reúnen los dueños más algunos vecinos, para realizar la labor.

En predios más grandes se contrata gente para hacerlo. El grupo que sale a trabajar en esquila recibe el nombre de “**comparsa**”

A la estancia Valle Chacabuco llegaban generalmente comparsas de Chiloé. Algunos integrantes se quedaron en la zona, en busca de nuevos horizontes, mientras otros decidieron volver a su terruño y continuar viajando anualmente.

En la faena de esquila cada trabajador tiene una tarea específica:

El bretero, tiene como misión tener un piño de ovejas listo, las que aparta del rebaño total que permanece en el corral, y las deja en el brete para que el **agarrador** las entregue a los esquiladores. La palabra **bretero** viene de

brete, que es un corral chico anexado al corral grande por medio de una manga, la que podría compararse con un pasillo.

El agarrador, es aquel que toma el animal y después de manearlo o maniatarlo, es decir, atarle manos y patas lo entrega al esquilador.

El esquilador, es el que premunido de tijeras especiales, o máquina para esquilar, corta la lana de la oveja, vale decir, la esquila.

Al terminar de esquilar un animal, el esquilador, recibe de manos del **playero** una “**lata**”, que puede ser precisamente eso o algún otro objeto que acredite al final de la jornada el número de ovejas que se ha esquilado. También el “**latero**” tiene que curar a los animales que han sufrido heridas.

El playero, recibe esta denominación porque trabaja en el lugar donde se realiza la esquila, es decir, dentro del galpón y todo ese sector es concoido con el nombre de **playa**.

El envellonado, es el encargado de juntar la lana que ha salido en “**vellones**”, los que envuelve o enrolla para enseguida pasarlo al “**enfardador**”, quién lo deposita dentro de un gran saco de arpillera colocado

en un marco de madera tipo bastidor, de tal manera que el saco quede muy bien estirado. Dentro del saco, llamado” **bolsón**”, el enfardador debe apretar muy bien los vellones de lana, ayudándose con una barreta o chuzo de fierro, para que queden totalmente compactados.

Por último **el playero** recoge todos los desperdicios, o sea, la lana que no sirve, como la de la cola o patas. Toda esta lana inservible recibe el nombre de “**garra**”

En la faena de esquila la mujer cumple una pesada y delicada misión, pues debe preparar la comida para los trabajadores, si es que no se ha contratado un cocinero para la ocasión.

La labor es dura y larga, pues como el trabajo de la esquila es por esencia pesado y debe hacerse con rapidez, requiere de una buena alimentación. El horario de comidas es el siguiente:

La primera ración se recibe a las cinco de la mañana cuando se inicia la jornada de trabajo y consiste en **mate amargo o café con tortas fritas**.

A las ocho y media se come carne asada al horno y café. Esta comida se efectúa dentro de casa, haciendo un alto en el trabajo.

A las doce y medias llega el almuerzo, donde se sirve sopa, segundo y un postre que por lo general es huesillos.

A las cuatro de la tarde y dentro del mismo galpón de trabajo se toma **mate cojudo**. También puede tomarse **mate cocido**, que es yerba hervida en una tetera que luego se sirve en jarros a modo de té; otros toman cascarilla, pero todo acompañado con las infaltables tortas fritas.

La última comida se realiza dentro de la casa como a las seis y media de la tarde y consiste en un asado, que puede ser al palo o al asador. Este se sirve acompañado de café.

En este trabajo no se consume alcohol.

Un buen esquilador podrá esquilar, con tijeras, entre sesenta a setenta ovejas diarias.

Antiguamente las esquilas terminaban con bailes, jineteadas y juegos. Actualmente esta es sólo una faena necesaria en la que participan las personas que ocupan el predio, las que se han contratado para efectuar la esquila y uno que otro vecino.

LAS MARCACIONES

La **marca** es una varilla de fierro que lleva en la punta las letras iniciales del nombre del dueño de los animales, o algún otro diseño que éste desee, como por ejemplo un número, una pera, etc.

La marca es registrada en la Municipalidad local a fin de no ser coincidente con la de otro dueño de animales.

Las marcaciones se realizan en el mes de noviembre y consiste en poner la marca al animal vacuno o caballar. La faena en si, requiere de algunos trabajos previos como son:

El campesino que desea marcar sus animales debe efectuar un rodeo para reunirlos. Una vez reunida la hacienda, dará aviso a sus vecinos colindantes para que estos vayan a ver si hay algún animal de su propiedad.

Al dar inicio a la faena se hace un fuego grande dentro del corral en que se encuentran los animales y se colocan las marcas a calentar. Algunos jinetes apartan los animales y comienzan a **apialar**, es decir, a enlazar al animal de las patas delanteras para que pierda el equilibrio y caiga; en ese momento otro hombre a pie tira de la cola del animal y ayuda a botarlo mientras un tercero aplica la marca.

La marca puede colocarse en dos o más partes, pero las más comunes son en el anca y en la paleta.

Una vez marcado el animal, se larga al campo.

Hecho todo el trabajo, se comen asados con y sin cuero, corre la bota de vino y se da inicio al baile.

Otras actividades que se realizan son las jineteadas de potros, o sea, ensillar por primera vez caballos ariscos, lo que se hace con montura criolla, llamada también “bastos” o sólo con **encimera**, que es una cincha ancha que se usa para apretar la montura. El mejor jinete es aquel que logra mantenerse sobre el caballo por más tiempo.

También se efectúa la jineteada de novillos. Los jinetes suben al animal que acaba de ser apialado y tratan de mantenerse sobre él. Por lo general son lanzados al suelo al cabo de pocos segundos..

A las marcaciones de animales equinos se les denomina también “**yerra**”. Ambos tipos de marcación constituyen una real fiesta campestre, como se puede apreciar en estos versos que por años se han recitado en estos lugares y de los cuales se desconoce autor.

**La yerra va a comenzar,
se alinean los apialadores,
se preparan tarjadores
y lonjas para contar.
La hacienda se ha de marcar
porque orejana retoza,
en el corral es linda cosa**

**de ver el bravo animal,
dominado por el pial
de una mano vigorosa.**

**Con el animal rendido
por los lazos sujetado
y allí en el suelo estirado
deja escapar un quejido,
se oye del cuero el chirrido,
cuando la marca candente
se afirma en él lentamente,
y cuando se retira ella
queda para siempre la huella
sobre la bestia imponente.....**

EL BAÑO DE LAS OVEJAS

Se ejecuta después que el animal ha sido esquilado y cuando el tiempo está bueno, porque si llueve el remedio cae y no hace efecto. Son preferentes los meses de marzo y abril.

Primero se procede a rodear a los animales, es decir, reunirlos, pues andan dispersos en el campo, de lo que se ocupan dos o más hombres que los arrearán entre silbidos, gritos y ayudados por el **perro ovejero**, pieza vital en esta faena, para echarlos al corral.

El baño es un estanque construido con madera.

Para iniciar el trabajo, se **“carga”** el baño, es decir, se coloca un fluido especial mezclado con agua. Para mil litros de agua se utiliza un litro y medio de fluido. Luego se hacen pasar las ovejas por una “manga” hasta el baño, el cual tiene un declive llamado **“botadero”**. Para hacerlas bajar se empujan con una horquilla de madera y con la misma se sumergen, dejando fuera la cabeza del animal. Enseguida las ovejas salen del baño por el lado contrario del que entraron, que también tiene un declive llamado **“escurridero”**.

La oveja que ha sido bañada sólo puede ser “carneada” cuando han transcurrido ocho días.

LOS CERTIFICADOS DE VENTA DE ANIMALES

Sabido es que por muchos años los pobladores del Baker, hubieron de sortear muchas dificultades, entre ellas, la carencia de servicios públicos a

donde concurrir para realizar tramitaciones de carácter legal, solicitar alguna información o comunicarse con el resto de l país.

Así hubo de recurrir a diversos medios, con el fin de solucionar aquello que en algún momento estaba entorpeciendo sus afanes de sobrevivencia, ya sea, poniendo en práctica lo aprendido en otros lugares o echando mano al ingenio. Otro ejemplo de ello lo constituye **el certificado de venta de animales**, documento acordado de palabra por ambas partes y escrito al dictado por quienes sabían leer y escribir, especialmente los hijos. No son notariales, pero si legales por tradición. Se redactaban de la manera siguiente:

a) Certificado de venta de vacuno

CERTIFICADO

Certifico haber vendido un novillo (1) de año y medio a la señora.....con la siguiente marca, que se diseña al margen y que es de mi propiedad. Para constancia y seguridad, firmo el presente, en Cochrane a 3 de enero de 1970

Firma del propietario

b) certificado de venta de ovino:

CERTIFICADO

Por medio del presente documento, certifico haberle vendido al señor.....

.....

la cantidad de cincuenta (50) ovejas con la siguiente señal, que al margen se
diseña:

1. oreja derecha; martillo abajo y muesca adelante
2. Oreja izquierda: punta de lanza abajo y muesca adelante, animales que son de mi propiedad.

Para constancia firmo el presente documento en Cochrane, a 10 días del mes de octubre de 1963.

Firma del vendedor.

Aclaratoria de firma

Cédula de identidad

Cochrane, octubre de 1963

BAILES Y RAMADAS

LAS RAMADAS: eran un acontecimiento especial, ya que era una de las ocasiones en que se reunían los pobladores para compartir.

La orquesta estaba compuesta por uno o dos guitarristas o “guitarreros” como se les llamaba y una acordeón. La música que interpretaban eran valeses, rancheras, chamamés, corridos y cuecas.

No difería mucho de las actuales ramadas en su estructura, pero si en su funcionamiento, ya que dentro de ellas se establecía un verdadero negocio en los que no faltaban las golosinas como chocolates, galletas, para completar con artículos de vestir y hasta zapatos o alpargatas. Cada baile era pagado a la dama por el varón con la entrega de algunos de los artículos que allí se vendían.

Las damas iban premunidas de una bolsa harinera vacías muy bien lavada que poco a poco iban llenando según transcurriesen los bailes.

Uno de los bailes favoritos fue la ranchera, que tenía dos formas de bailarla: la clásica como la de cualquier baile desde principio a fin sin parar y la segunda era una variante denominada “**ranchera con relaciones**”, que se realizaba deteniendo el baile tres veces. El varón decía “**Pare la música**” y luego decía un su relación, estrofa de cuatro versos con rima consonante, y

que iba dirigida a la dama generalmente en tono de conquista amorosa. La dama podía contestar afirmativa o negativamente o no responder.

Algunos eran jocosos y no necesitaban respuesta como este:

**Señorita si me quiere
aproveche la pichincha
que yo soy para el amor
como burro pa” la cincha.**

Muchas veces se convertían en un coloquio amoroso, que podría terminar en un ardoroso romance.

Hemos escogido algunos de estos versos, los mismos que actualmente se han perdido en el tiempo y el progreso.

Varón: He venido de muy lejos,
sólo pa” venirme a ver
dame un vasito de agua,
que vengo muerto de sed.

Dama: No tengo jarra ni jarro

en que darte de beber,
ya me parece paisano
se te va a reventar la hiel.

Varón: Señorita, créame,
yo soy un hombre derecho
los suspiros que usted oye
son suspiros de mi pecho.

Dama: Pero miren este mozo,
tan feo y tan alvertío,
mejor no suspire tanto
que puede darle un resfrío.

Varón: Medio feo sé que soy,
pero tengo otros talentos
con promesa esperaré
palabra de casamiento.

Dama: Con su paciencia que pase,
el tiempo y aquí lo deajo,
no va a ser cosa no más
que se me muera de viejo.

Varón: No le tengo miedo a nada
ni al tiempo que se ha volado,
si de viejo he de morir,
quiero que sea a su lado.

Dama: Ya que se ve tan seguro
y pa' dejarlo contento,
si su palabra es sincera
hagamo' nomá' el intento.

LOS BAILES

No diferían mucho de las ramadas, aunque se iniciaron en forma posterior a las estas. En los bailes se introdujo la cumbia, que se bailaba dando pequeños saltos. Ya no se comerciaban artículos en el local, aunque si

se vendían golosinas y chocolates y, eran los varones quienes luego de bailar se los ofrecían a la dama.

Cuando el varón sacaba a bailar a la mujer, no se acercaba a ella, sino que le hacía una seña de lejos y entonces la dama acudía a su lado.

También se dio en varias ocasiones, en que el hombre al ser rechazado abofeteara a la mujer, sin que el resto interviniera, ya que avalaba esta actitud, que indudablemente confirmaba su supremacía.

Se perdió el uso de la bombacha y del cuchillo, en gran parte por la vigilancia de Carabineros.

La llegada de empleados públicos hizo que se bailaran ritmos diferentes. El lugareño se limitaba a observar desde un rincón y sólo salía a la pista cuando escuchaba los aires de una ranchera, chamamé o algún compás mejicano.

LAS ADIVINANZAS, CUENTOS Y PREGUNTAS DE INGENIO

Todas ellas prevalecieron esencialmente en los velorios, en gran medida por las distancias que debían recorrer para acompañar a los deudos y que los hacía permanecer durante dos o más días completos junto a ellos. Además

había que esperar a que se hiciera el ataúd, porque había cortar, cepillar y todo lo demás.

Durante la noche se bebía y se preparaban asados al palo en la cocina fogón, pues no se comía dentro de la estancia en que se velaba a la persona. Luego se volvía al velorio y se iniciaba la ronda de adivinanzas, cuentos, anécdotas y preguntas de ingenio

Hemos escogido algunas que tienen relación con utensilios utilizados en la zona o que tienen cierta picardía.

Una vieja negra y fea
que cuando la apretan se mea.
(bota de vino)

Tiene garras y no agarra
tiene lana y no es oveja.
(cuero de oveja)

Me hallé un animal botado
tenía cuatro cachitos,
tres grandes y uno chiquitito

y escamas como pescado

(pata de gallina)

Corre que te pisa

la negra petiza

(la plancha de fierro)

La pastora está de espaldas,

el pastor está de rodillas

y la pastorcita chica

está haciéndole cosquillas.

(piedra de moler trigo)

Don Juan Delgado

fue al baile y salió preñado.

(el huso)

Tin -tin fue al agua

y no tomó agua,

tin- tin fue al pasto

y no comió pasto.

(la campana de la yegua madrina)

Detrás de la puerta estaba

(la taba)

Estaba estaba,

a los saltos que se mataba.

(la taba)

¿Qué hace un buey en la loma?

(sombra)

Tilín tilintero

cabeza colorada

caballo overo.

(pájaro carpintero)

Una vieja jorobada

corre lomas y quebradas.

(la hechona)

¿QUÉ SERA?

¿Qué será que en el campo anda y en la casa está?

(la marca)

¿Qué será que en todo está?

(el nombre)

Más verde que un loro y más bravo que un toro.

¿Qué será?

(la ortiga)

¿Qué será

que por donde le sale no le entra?

(la tetera)

.....

Prácticamente todo el territorio de Aisén fue siendo colonizado a través del mismo proceso histórico. Esto permitió a sus habitantes ir haciéndose de una suerte de característica propia, tomada de las culturas traídas por quienes vinieron a poblar y a quedarse definitivamente acá.

Mario González Kappes, en su libro, **Allá en mi Tierra, Patagonia**, lo define así:

“Cualquier persona que no conozca Aisén podrá equivocarse con el hombre. Hallará en su lenguaje una mezcla indescifrable de dichos argentinos y chilenos o chilotes, actitudes incomprensibles, que al afuerino le parecerán poco francas. A veces lo hallará silencioso, otras arrogante y suficiente.

Los patagones, un poco marginales, medio rotos y medio gauchos, lo dejarán hacer y decir la última palabra. Vagabundo sufrido, empresario de aventuras sin nombre, el hombre de esta parte de la Patagonia llegó desde Chiloé o de las regiones de más al norte. Llegó en otro tiempo a buscar fortuna y echó raíces. Hoy tiene sus hijos patagones.”

Esos hijos patagones hoy viven aún mucho de todo aquello que les legó la historia vivida tan de cerca, la historia hecha por bisabuelos,

abuelos y padres y de la que sienten orgullosos, aunque Aisén ha ido cambiando quizá, a decir de algunos, muy bruscamente, y otro gran porcentaje de todo aquello va perdiéndose entre modas, modismos, costumbres venidas aun de más lejos.

Un cantor y gestor cultural de la comuna nos dejó este mensaje escrito en décimas y que creemos, habla por sí:

**“No soy cantor conocido
en ámbito nacional
pero improvisaré igual
un verso bien colorido
como el chilco florido
de mi región, de Aisén,
espero salga también
como el ciruelillo en flor,
como el viento trovador
y como grito de caiquén.**

**Muchos dicen que Aisén
aún no tiene folclor,
mas yo le pido, señor,
que ahora me escuche bien
porque el hombre y la mujer
muy bien llamados pioneros
fueron ellos los primeros
en bailar un chamamé
y una cueca que sus pies
valsearon por los potreros.**

**Es cierto que ellos vinieron
desde aquel país hermano
también es cierto, paisano
que aquí en Aisén florecieron,
aquí sus hijos crecieron
bajo chilena bandera
y aunque algún señor no quiera
entender esta razón**

**se nos alegra el corazón
al bailar una ranchera.**

**Usted que ya sabe más
entenderá este clamor,
la música y el folclor
enraízan por igual
en la tierra que les da
su sustento y su calor,
que le entrega la razón
y el saber popular
que al cantar y al bailar
le abre su corazón.**

**Ahora ya me despido
y gracias por escuchar,
hoy los quiero saludar
pero también yo les pido,
si están de acuerdo conmigo,
si entienden esta pasión**

**como el viento trovador
que canta por los caminos,
griten con los aisesinos,
ellos, SI TIENEN FOCLOR.”**

PALABRAS FINALES

Sin duda que hemos compartido historia. Historia colonizadora, recuerdos; historia urbana, presente y ojalá que sigamos en adelante no sólo compartiendo sino construyendo historia, la presente y la de muchos que hoy emergen cual ñire o lenga nuevos en las calles de este pueblo con trazas de ciudad, y que va dejando en las afueras de la vida a un Maricoy que espera por su huida, a un Gato Negro y Blanco que deambulan con su litro a cuestras, a Ronco Bórquez allá a la orilla del río, a doña Aurelia y sus pasos silenciosos, cual si caminara sobre el agua, y acunando a otros, cruza extraña entre el ayer y el presente avasallador, mezcla de silencios campesinos y ruidos de modernismos globalizadores.

Hoy, Pueblo Nuevo encuentra en esos términos a Cochrane, cumpliendo cincuenta años, atrapado entre el término y el inicio de siglos distintos. Es bienvenida una realidad diversa y nueva junto a aquella vivida por los primeros pobladores.

La ubicación geográfica que por años nos hizo lento el permiso al futuro, hoy, sin duda, puede ser considerada una prueba superada. Sin embargo, ese tan anhelado paso al mundo de neón, de ofertas miles, nos regala trazos de individualismo, de consumismo y una serie de

comportamientos humanos que nos resultan ajenos a una mirada por el retrovisor de nuestra joven historia.

Han sido muchos los que guardan nuestras calles, antes de tierra y hoy muchas de cemento. Muchos los que han acariciado esta tierra como suya y en ese afán dejado huellas y aportes a lo que hoy vivimos. Otros han venido por cuestiones de trabajo o por situaciones de corto aliento, aves de paso que con dificultad recuerdan un par de calles de nuestra pequeña ciudad. En fin, así es la vida pues, como lo sentencia el dicho: “De todo hay...” Sea como sea, no se pueden desconocer los efectos, unos positivos y otros no tanto, de cientos de “nortinos” que han hecho de Cochrane su casa por elección. Pero bueno, para análisis, nada mejor que la propia historia.

Nuestro acercamiento al mundo “moderno” nos brinda avance y oportunidades, comunicaciones, infraestructura, pero también “vicios” propios del mundo globalizado. En los carteles de algunos locales se publicita “cofee” y no café. Distante en el tiempo, aunque a una cuadra de la plaza, están el Bar de la Carmela y El Farolito, lugares de reunión de campesinos y pobladores, amén de quedar hoy ya sólo en el recuerdo de algunos el Restorán de doña Hilda, la pensión La Campesina y la Cinco Hermanos a la que le queda sólo el nombre; pero a falta de ellos, hay Pub y Discotheque. Perdido en los años en que cruzaba el paso cordillerano La

Leona desde Chile-Chico, está el pilchero de don Guili Fuentes con su cargamento de cartas y encargos, hoy nos comunicamos por E-Mail y compramos por Internet. De la ranchera al Hip-Hop, de la chomba de lana cruda al polar, de la alpargata a la zapatilla de moda, hay un corto tramo. De la tejuela al zinc y al durolac, ni hablar. Si hasta el clima está raro. Pareciera ser que vivimos los primeros efectos del calentamiento de la tierra: llueve más que antes, ya no hace tanto frío y hasta la nieve este invierno se mostró arisca. Algo está pasando y en eso a todos y a cada uno de nosotros nos cabe una cuota de responsabilidad.

Indudablemente de Pueblo Nuevo a Cochrane ha habido un gran salto. Ya nada es como antes, mas, lo importante es saber que somos gente capaz de desentrañar, con sacrificio y entrega los secretos que abundan en el alma de la Patagonia, arrearlos y dejarlos en el corral de las nuevas generaciones, para que ellas puedan apialar todo aquello que los liga al pasado, conjugarlo con el verbo globalizar y con ambos proyectarse al futuro.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

**“Hoy quiero entregarte hermano
un pedacito de sol,
un trozo de azul cielo
y una rama de este coigüe
en que anida el calor.
Un amasijo de sueños
de pioneros de esta tierra
que lucharon sin sosiego
por un futuro mejor...”**

Rosa Gómez Miranda.

Dedicamos sinceramente este trabajo a todas esas mujeres y hombres que son los reales forjadores, ya casi olvidados, de este pueblo que comienza a abandonar la casa de sus padres.

DE PUEBLO NUEVO, A COCHRANE.

Historia y tradiciones.

ROSA GÓMEZ MIRANDA

JOAQUÍN CHEUQUEMÁN FUENTES